



# Los Propietarios del Miedo

Editorial Alvi Books

Sebastián Abdala

Los propietarios del miedo

Sebastián Abdala

# ***EDITORIAL ALVI BOOKS, LTD.***

Realización Gráfica:

© José Antonio Alías García

Copyright Registry:

1905050817464

Created in United States of America.

© Sebastián Abdala, Buenos Aires, Argentina,

2018 ISBN: 9781096925620

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del Editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal Español).

Editorial Alvi Books agradece cualquier sugerencia por parte de sus lectores para mejorar sus publicaciones en la dirección [editorial@alvibooks.com](mailto:editorial@alvibooks.com)

Maquetado en Tabarnia, España (CE)  
para marcas distribuidoras registradas.  
[www.alvibooks.com](http://www.alvibooks.com)

## Índice:

- Las paredes de fuego
- El cuento del Tío
- Los moradores
- El reto de Sosa
- La deuda de Ulloa
- Religiosidad
- Cosas de pibes
- Siendo ambos
- Matías

## Las paredes de fuego

*Y la vida siguió como siguen las cosas  
que no tienen mucho sentido.  
Una vez me contó un amigo en común,  
que la vio donde habita el olvido.  
Joaquín Sabina —Donde habita el  
olvido.*

La reconocí de inmediato, se encontraba sentada sobre un espigón, dejando que el río tranquilizara sus pies. Esa tarde, luego de verla sin maquillaje, escribiendo en un puñado de hojas, entendí con el alma y la carne el verdadero significado de “diáfana”. De todas formas ya no importa, ella se fue, y yo poco puedo hacer: recordarla y acabar con este olvido, con este fantasma exiguo que usa mi cara, o darle forma a un pasado que se desvanece de las paredes de mi habitación.

Tenía puesto un vestido rojo y un saquito negro empecinado en negarle al viento la desnudez de sus hombros. Al lado de sus caderas reposaban unas sandalias cansadas de tanta noche caminando la calle. Pensé que no se trataba de una casualidad, pero enseguida quise dejar de lado ideas que sólo alimentan esperanzas vagas, rencores futuros. De haber sabido que mis palabras serían como esas miguitas de pan que uno tira descuidado en una plaza y provocan un maremoto de palomas grises, tal vez, no hubiera dicho nada. Pero embriagado de sueño, tratando de secar sus lágrimas muertas antes de nacer, le hablé.

Algunas cosas que supe de ella me dolieron y las retuve en mi memoria con desafecto. Sin embargo otras dieron un extraño sentido al sonido callado de mis latidos. Y esa misma tarde pude leer algunos poemas. Poemas que derramaban amargura y lirismo. Cada letra eran cristales quebrados, cristales que daban un breve reflejo de mi alma, de mi soledad. Tuve ganas de tomarle la cara y decirle, por ejemplo, que su sonrisa llenaba de luz mi perra vida. Pero su presencia absoluta me empujaba a un abismo de silencio. Las palabras, en algunos casos, son muy pobres para decir lo que uno calla. Apenas si llegué a decirle que era la mujer más hermosa en todo el río que llevaba caminado, que en sus ojos negros, tan profundos, deseaba ahogarme, para naufragar en sus costas saladas y vacías. Fue suficiente para hacerla llorar.

Entonces me perdí en su boca, que sólo decía silencios.

Le dije que una vez, un hombre que ahora es un ser interminable, escribió: “Me gusta cuando callas, porque estás como ausente”.

Ella, que nada decía, nada dijo. Se dejó llevar en mis brazos a la ciudad desierta de mi alma. Y en la cama, yacentes en una perfecta ilustración de lo pronto a ser olvido, cruzamos infiernos solitarios, aprendiendo que éramos el uno para el otro. Entonces el fantasma del porvenir nos acorraló en cada encuentro. Y señalaba con sus garras nuestras almas y decía, con su mera presencia, aberraciones que nosotros pretendíamos desconocer.

Con mucho penar en su voz, me pidió una vez que nunca fuera al bar donde ella pasaba las noches. Comenzó a explicarme, con dificultad y lágrimas, que no soportaría que la viera en ese lugar. Puse mis dedos en sus labios. Le dije que ya no hablara más.

De ahí en más nunca quedamos en encontrarnos algún día en particular, en alguna hora determinada. Entendí que apenas ocurríamos como la vida: un poco por suerte, otro poco por desgracia.

Mis pasos, algunas tardes, llegaban a la costa y chocaban con sus pupilas cansadas, que delataban un trajinar de barras y copas que le lastimaban más a ella que a mí. Con su primera sonrisa me obligaba a preguntarme por qué volvíamos al mismo lugar. Por qué simplemente una tarde no asumíamos que basta, que el amor no funciona para todos por igual. Pero, con un coraje plagado de cobardía, callaba las respuestas.

Entonces la tomaba por la cintura, le besaba los ojos y caminábamos hasta mi casa. Ella se duchaba, largas duchas tomaba. Luego, desnuda, se sentaba en la cama, o se recostaba en el suelo junto a mi melancolía. Y bebíamos. Y callábamos.

Ya con los pensamientos embriagados, la sentencia que llenaba de ecos nuestros bosques, nuestras ilusiones, se hacía más y más presente, sembrando pequeños momentos de algo similar a la felicidad que se desgarraba en nuestras carnes, en nuestros silenciados misterios. Luego me tiraba en la cama a verla, fumando, recostada en la pared, descansando esas espaldas marcadas. Jugaba con el humo a retener su imagen en mis pupilas, en la cal vencida que nos ocultaba.

Cuando despertaba, ya entrada la noche, el alcohol me impedía recordar si el delicado tormento de sus labios, que resucitaba viejas cicatrices, volvería furtivo a mis sábanas. Me preguntaba si el trazo de su cuerpo, que quedaba esbozado en las paredes con lágrimas vertidas al recordar quiénes éramos, quedaría grabado en ese lugar; para afirmar alguna vez que se había ido ya por siempre. Pero, en realidad, ahora no importa.

Importa que seguí apostando mis pocas monedas a sus pies, a esa belleza salvaje que emanaba de todos sus lunares.

Así estuvimos todo un verano. Hasta que, como suele ocurrir, aunque nadie puede asegurar que así sea, llegó el otoño. Llegaron las lluvias. Pero mis pasos ya no la encontraron en el río, ni en las calles —ni siquiera en las calles—. La suerte adivinó que el vacío en mi pecho volvería a nombrarla cada vez que el viento trajera a mi nariz el agrio olor del río. En esa brevedad de tiempo, donde no quedaban límites por cruzar, me dejé cercar por labios amargos. Por botellas y brazos que nunca generaron en mi piel la curiosa experiencia del amor. Pero mantuve mi palabra y no fui a buscarla.

Y me enteré que llegó el invierno cuando, una mañana, el sol anegó mi habitación hiriendo mis ojos de whisky, dejando sentir en mi cintura el calor de su pelo negro. Toda su hermosura, su silenciosa hermosura, atestiguaba sufrimiento con una furibunda cicatriz en su mejilla derecha, como burla de los que se empecinan en buscar un destino, cuando no tienen más que pasado.

Ella volvió a mi alma, buscando lo más parecido al amor que nunca hubiera sentido. Y todavía no entiendo cómo fue que algo de todo lo muerto que la habitaba decidió sacarse el herrumbre y renacer. Difícilmente pude beberla, embriagarme de ella. Mis manos corrieron sus lágrimas, sus lágrimas borraron el *rimmel*, mis ojos labraron su contorno abandonado, aferrados a retenerla.

Y durante un tiempo volvimos a ser sombras desdibujadas con la fatalidad avisando, en cada caricia, que ya no seríamos los mismos.

Al anochecer, luego de lamentos envueltos en gemidos, de respiraciones aletargando el partir, me fingía dormido, para no darle peso a sus tacos retumbando en los pasillos; con esa muralla de nada pervirtiendo su reflejo opaco ahogado en mis paredes. Hasta que los pasos, una vez lejanos, dejaban de sangrar en mí, avisando que todo era igual. Entonces me vestía y salía de nuevo a vagar por bares. Buscando verla, buscando que la suerte me diera un atajo al olvido.

Una tarde solté la última miga de pan, dejando caer de mi propia lengua palabras que ahora no recuerdo, pero que pedían que ya no volviera para irse. Que trajera sus hojas, sus maquillajes y sus tacos. Que con lo del astillero yo podría por ambos, tal vez, podría por ambos, pero no por todo nuestro pasado.

Ella sonrió. Me besó las manos, y dijo que quizás.

Antes de cerrar la puerta, envuelta en hiel y perfume, volvió a sonreír y llevando un dedo a sus labios, me dejó un beso. Bajó la cabeza y cerró la puerta tras de sí; aunque supe que por última vez, no quise reconocerlo. Al contrario, embravecido por la certidumbre de su vuelta, tuve coraje para esperarla sobrio.

Pero las mañanas seguían llenas de su ausencia. Y tuve el vértigo de estar corriendo cuesta abajo.

Mis sienes se adjudicaron el peso de muchos años pasando en cada luna oscurecida que no traía el eco de sus pasos. Y el silencio, verdugo inquebrantable en las noches, me empujaba a convertirme en cenizas, en polvo. Casi lo consigo.

Hasta que al fin, una mañana plagada de agonía, golpeando lo que en ese momento supuse era una mueca idiota en un espejo, volví a embriagarme, con el alma abrigada en la silueta decreciente que quedó grabada en la pared. Y regresé a esa orilla del río, a sentarme en el espigón donde la vi perdida en el horizonte. Atestigüé en cada ola que rompía a mis pies, que me resignaba a haberla perdido por un momento de ingenuidad tal vez. Luego, convertido en pena barata, regresaba a las calles, a cualquier bar, no importaba: el objetivo era llegar bien entrada la noche a mi casa y no tener percepción de las paredes que me oprimían, que se derrumbaban en las sábanas cargadas de resentimientos.

Y el tiempo, enfermedad inequívoca, siguió pasando. Convirtiendo mi dolor en una sensación calma de absoluta entereza, transformando los reproches en afirmaciones que me convencían de que ella estaría mejor sin mí.

Aunque necesitaba saberlo por ella, necesitaba verla una vez más. Creía que con su imagen ajena a mis manos, podría borrar su figura de mi lecho. Pero ella no aparecía por las mañanas en mi casa, ni por las tardes en el río.

Una noche, no hace demasiado tiempo, encontré un pañuelo, violeta, en mi armario. Lo acerqué a mi nariz. Conservaba la breve fragancia de su piel. Ese aroma, mezclado con la luna que entraba en mi carne, llevó mis pasos a romper la promesa de no buscarla. Me senté en la barra a beber y esperarla.

Observaba, cada vez más distante, los cuerpos apagados que se buscaban, y luego se perdían sin haber encontrado la piel o el billete adecuado. Pasó la noche y pasaron las copas. Mi presencia, mi confusa presencia, llamó la atención de los tipos de seguridad, de los clientes que malgastaban sus escasos billetes en piernas demasiado viejas, o penosamente jóvenes. Las mujeres no paraban de morderse los labios, tratando de llegar hasta mí. Pero dudaban. Emanaba un halo de furia, lo sé. Quizás por eso una mujer se sentó a mi lado. Comenzó a darme charla, a preguntarme vaguedades que no respondía.

Pero la mujer, insistente, consiguió al fin que mi lengua, que durante muchas tardes no la había nombrado, le preguntara si no conocía a una mujer hermosa, con los ojos del río, con una mejilla cruzada por el metal. Dudó unos instantes. Miró con evidencia al que preparaba los tragos y me preguntó si era policía. Mi cara cambió la expresión de indiferencia por una contracción de sorpresa. La mujer, con cierto sarcasmo, me dijo que yo había sido el novio. Asentí con la cabeza mientras el tipo se acercaba con una mano en la espalda. Ella negó chasqueando la lengua y me lo contó todo. Me dijo que directamente no amaneció. Que al dueño del lugar no le gustan las mujeres enamoradas y menos las enamoradas que renuncian. Que ya había tenido un encontronazo unos meses atrás, que le dejó la cicatriz. Yo apretaba el pañuelo con furia, a la vez que observaba la sonrisa burlona del tipo de la barra. La mina seguía hablando, contando que el jefe le dio una paliza de padre y señor mío, para ver si de una buena vez se avivaba. Pero que se le fue la mano y vos viste cómo terminan estas cosas. Guardó silencio, a la defensiva, a la vez que yo vacié el vaso. Su perfume llegó de nuevo a mis labios, su imagen cerrando la puerta es lo último que recuerdo, antes de estrellar mi vaso contra la cabeza del tipo que se había dado vuelta. Luego tengo imágenes de mi cara, mi estúpida cara de hierro y silencio limpiando los orines de la vereda y las risotadas de las minas del lugar.

Me incorporé a los tumbos y me fui, confuso, pero con el rumbo claro. Llegué hasta ese río mezuino, para llorar como nunca lo hice.

Con las primeras luces del día volví a mi casa, donde comencé a olvidarla evocando su silencio. Rocié con whisky las paredes. Les prendí fuego. Convertí en cenizas la figura cansada y triste que quedó tatuada en mi cuarto.

Apagué la ira de pensar que su cuerpo no vagaría más por el río, ni por otro lugar, más que en mi memoria.

## El cuento del tío

La mano venía mal barajada desde el principio: Pepino llegó al cementerio de Flores media hora más tarde de lo convenido y sólo me pagó la mitad del laburo por adelantado. Encima dijo que de una forma u otra íbamos a tener que sacar la merca que faltaba de la tumba misma de tío Alberto. “Cartón lleno”, pensé.

A tío Alberto lo conocí en la cárcel y, cuando salimos, me relacionó con Pepino para colaborar en algunos afanos chicos. Conmigo no había más que un poco de amistad, pero el tío y Pepino eran parte de la misma familia. Por eso, si salía algo para pegar buena mosca, a mí me usaban para la parte sucia.

Entramos al cementerio por la puerta de empleados de limpieza, una entrada que no llama la atención, ya que de día y de noche hay movimiento. Pepino tenía copia de todas las llaves —incluso la de la tesorería—, porque andaba de novio con una piba que laburaba en la morgue. Además de hacerse el picaflor con la mina en cuestión, la “ayudaba” barriendo los depósitos, juntando los huesos de las tumbas que no pagaban y llevándolos al osario. De paso se hacía unos mangos revendiendo ropa, alhajas y los bronces de los ataúdes.

Mientras caminábamos por las callecitas del camposanto, me dijo:

—La Marta —su mina— consiguió gratis la parcela para el tío Alberto, y va a campanear si cae la cana mientras hacemos lo nuestro.

La noche contaba con la súbita luz que cae del cielo nublado, con ese extraño reflejo que mete brillo a las cosas. Veíamos unos cuantos metros sin ayuda de linternas. Tanto que, en el aire, se notaba una bruma que se adhería a la piel, al pelo, al alma. Pepino habrá notado que pensaba en algo, que mi semblante cambiaba, porque dijo:

—No seas gil. Eso pegajoso en el aire es la carne quemada —el mal bicho sonrió— y las almas en pena. Pero no pensés en eso, ¿eh?, tarado. —dijo relojeándome para ver si acusaba alguna reacción.

Pepino era flor de hijo de puta.

En la parte paqueta del cementerio, nos refugiamos en la sombra de las bóvedas, como esperando algo. Pepino dijo nervioso:

—Necesitamos tener la mente clara para hacer las cosas bien y rápido — hizo una pausa y me miró. Yo asentí—, vamos a pegarnos unos saques así

andamos piolas y en paz.

Sacó un espejito de su abrigo y se acurrucó contra una pared. Algunas nubes se abrieron en el cielo, testigo de la oscuridad de nuestras ideas, dando paso a la luna llena.

Armó cuatro líneas gruesas de cocaína.

De un bolsillo, sacó un cañito de metal, y tomó su parte. La luz opaca de las estrellas entró y vivió con él unos instantes. Pasaron unos segundos hasta que dijo dándome el espejo

—¡Lindo rayón te prepara... —lo corté con un ademán para que bajara la voz — Bueno, qué carácter. A ver si te calmás un poco con esto.

Tuve asco, pero acepté el convite. No me la iba a dar de moralista en esa situación. Bajé la cabeza, aspiré hondo y traté de relajarme.

Abrí los ojos y encontré a Pepino con una cuchilla enorme que mantuvo oculta en el forro del roído sobretodo. Sus manos rozaban el blanco filo.

Se dio vuelta y, al notar el pánico en mi cara, dijo:

—No me vengas a aflojar ahora, ¿eh? Te dije que el Alberto cagó fuego diciendo que yo tenía el resto del encargo —Pepino moqueó un poco, como mostrando sentimientos—. Ahora Carlinote reclama lo que este infeliz tiene en las tripas —Tomó aire, me clavó la mirada y continuó—. ¡Si querés cobrar la otra parte del laburo, no podés irte al mazo!

Un tiempo atrás, dos meses quizá, pegaron un negocio, con el viejo Carlinote —un traficante de Lugano— me dio mala espina que cantaran a los cuatro vientos que se iban a llenar de guita. Para pasar por “mula” y olvidarse de la cana, tío Alberto se tragó unos paquetes con merca. Me lo contó él mismo la tarde que lo reventaron a tiros. Se dijo en la calle que lo cagaron al viejo, y ese tano roñoso no se anduvo con vueltas, lo mandó a boletear. Muchos pensaron que Pepino fue quien traicionó al tío y a Carlinote, pero como se encargó del velorio, del entierro y comentaban que también lo buscaban a él, nadie se animó a decir nada.

Ahí estaba yo, entonces, repasando los momentos que marcaron el destino.

Pepino me increpó:

—¿Y, cagón, qué vas a hacer?— Puso una mano sobre mi hombro y me miró buscando alguna respuesta. Las palabras de Pepino sonaban lógicas en mi cabeza. Todo resuelto, pensé. Sentía un poco de afecto por el tío, y temor de que algo saliera mal, pero el juego había empezado, y necesitaba la guita. Seguimos caminando un trecho largo dentro de un silencio impenetrable. Bien dicen que el que calla otorga.

Llegamos a la tumba donde enterraron a tío Alberto, casi un mes atrás, Pepino me dijo que aguantara un cacho, que iba a buscar herramientas. Mi imaginación comenzó a funcionar a mil por hora. Pensaba que los muertos me tiraban las patas, que Pepino me cortaba la garganta y revoleaba mi cuerpo al osario. Uno piensa tantas pavadas cuando no se anima a ver lo grave de sus actos...

Por suerte volvió enseguida con dos palas. Me dio una, y, sin gesto ni mirada, me puse a cavar para irme lo antes posible. En eso, me chista y dice:

—Pará, che, aguantá un toque —y entonces el muy hijo de puta, comenzó a mear la lápida de tío Alberto, gruñendo—: hijo de perra, hijo de un camión repleto de perras. ¿Cómo se te vino a ocurrir comerte toda la merca?

El comentario me pareció aposta. Quise pegarle un palazo en la nuca, pero de nuevo pareció leer mis pensamientos y me dijo:

—Bueno, son problemas familiares. De paso aflojamos la tierrita, je je je... —Con su risita falsa, buscaba mi complicidad. Habré sido bien elocuente con mi gesto de piedra, porque continuó —... Se nota que a vos no te quieren llenar el culo de plomo.

Pensé que no era excusa para semejante guachada, pensé que todos los Pepinos deberían ser soberanos hijos de putas.

Entre pensamiento y pensamiento, y mientras el chac de la pala arrancaba tierra, perdí noción del tiempo. Imaginaba lo que haríamos una vez abierto el cajón: buscar en las tripas la cocaína. Me seguía preguntando cuánta merca habría tragado el tío, cuánto tiempo faltaría para terminar con todo de una vez.

A todo esto, el hijo de puta, parloteaba constantemente de cuanta boludez se le cruzaba por la cabeza, me confundía.

Luego de cavar y cavar y cavar, chocamos con el féretro. Nuestros ojos vidriosos se cruzaron. Pepino hablaba cada vez más rápido.

—El tío se tragó los paquetes envueltos en globitos de cumpleaños —dijo mientras subíamos el cajón—, qué pelotudo. Si no lo cagaban a tiros se iba a morir de constipación —apoyamos el cajón en la tierra—, ¿se le habrá endurecido mucho la panza?

Pepino contaba con la ventaja de saber que yo no le contestaría. Hijo de puta.

Con las palas abrimos el cajón de inmediato. La descomposición del tío era fulminante. Me vino un efluvio a podrido que me hizo voltear la cara.

Pepino se aprovechó y, de una trompada en la mandíbula, me tiró adentro de la tumba. Caí de jeta, atontado.

Desde la fosa, escuché a Pepino darse un saque de merca, la enorme cuchilla desgarrando las ropas del tío, entrando en la carne agusanada y revolver y cortar.

Mientras trataba de levantarme, escuché las arcadas de Pepino, y sentí una ráfaga de vómito cubriéndome la espalda. El hijo de puta decía en voz baja

—Perdoname...—y luego cada vez más lejos—...No es nada personal

El miedo a morir, me puso fuera de la tumba en dos saltos. Me encontré con la imagen revulsiva del cajón abierto, el tío con los brazos fuera del ataúd, y las tripas desparramadas en el suelo. La cuchilla a un costado de la fosa, al lado unos paquetitos encastrados. El decorado que imaginé durante toda la noche. Estaba todo, menos Pepino.

Entonces ocurrió.

No sé, si primero escuché el disparo, o sentí el dolor en la pierna, pero de pronto me encontré de rodillas en el piso, al lado de la tumba.

Pude escuchar entre la confusión del miedo y el dolor, la voz de un desaforado— ¡te agarré hijo de puta, dónde está la merca!!

Y luego, un susurro calmo y grueso, silenció al bestia que me mantenía amenazado con su revólver. Era Carlinote.

El viejo parecía actor de una mala película de mafiosos. Con acento italiano y todo me dijo —Te batieron, pibe —movía la cabeza como dolido, mientras su matón no dejaba de apuntarme—, así como limpiamos al jovato, si no entregás los veinte kilos de cocaína, vas a

terminar peor que como dejaste al tío —me agarro de los pelos—, hablá, mierdita.

¡Ahora sí que estoy jodido!, pensé. Pepino hijo de puta.

Me mintió todo el tiempo para que el viejo se piense que yo había hecho la mejicaneada con la merca. Mi bronca era todo lo que me quedaba.

Abrí la boca para que viera por qué no iba a hablar, que me pegara un tiro y a la mierda. Le hubiera contado cómo fue que me arrancaron la lengua en la cárcel de Azul.

El viejo, comprendió por qué decían que el tío Alberto laburaba con uno que apodaban “Mudo”.

Hizo un gesto de hartazgo, me pegó una patada en las pelotas, y me empujó al foso. Caí de nuevo con la jeta, aturdido por el dolor. Escuchaba los gritos mientras me disparaban para hacerme cagar.

—Mudo hijo de puta, inútil, ladrón —los tiros rebotaban. Sabía que en cualquier momento se aburrirían de jugar y me dejarían con un balazo en la nuca, o peor, me enterrarían vivo.

De pronto un bulto me cae encima. Luego otro.

Y luego silencio.

Silencio.

Pasos, silencio, y la voz de ella.

—Mudo: ¿estás bien? Les entré por la espalda y los fusilé como a perros. Se me hizo un poco tarde porque me escondí de Pepino, hizo un barullo bárbaro en el crematorio. No te puedo explicar lo que puteaba al no encontrar la merca.

Marta, la dulce Marta, me ayudó a salir de la tumba. El dolor de la pierna era insoportable.

Las cosas no salieron tan bien como había planeado, pero al menos me mantenía con vida.

Me besó y me dijo:

—Estás hecho un asco —sonrió—, dale vámonos que Pepino debe haber rajado para la pensión a buscarme. Debe pensar que estos giles la tienen, pero se puede avivar de todo en cualquier momento.

Me hubiera gustado verle la cara a Pepino, cuando buscaba en el horno del crematorio el paquete de merca sin encontrarlo. Y mejor aún, verle la mueca de dolor cuando, en la pensión, sólo encontrara la habitación de Marta vacía, sin ropa, sin nada.

Me lo imagino al otro día, averiguando en el cementerio si alguien sabía algo de ella, si alguien se enteró de, aunque sea, un mínimo detalle. Entonces tal vez le llegaría el rumor de que el Mudo —el tarado, el cagón del mudo— se las había tomado con una mina, en el tren que rumbeaba para el norte.

El resto calculo que se lo habrá contado la yuta mientras lo interrogaban por la misteriosa muerte de Carlinote. O tal vez lo dedujera solo, mientras la familia del tano lo buscaba para la vendetta. Y él, inútilmente, trataría de explicarles que un mudo le hizo el cuento del tío.

## Los moradores

“Cada hombre que se digne de ser un homo sapiens sabe que su libertad termina donde comienza la del otro; así el mundo gira en torno a la pulcritud de esto, de la transparencia de cada gobernante y sobre todo de cada persona.”

Declaración Universal de los Derechos Humanos de la O.N.U.

Setenta años procurando orden, limpieza, silencios.

Setenta años disfrutando, cada mañana, la pureza de mi hogar que supo ser un símbolo de la sociedad porteña hasta que, lentamente, fue sitiado.

Ellos lo ganaron todo.

Ellos, los que plagaron el éter con sus fluidos, ahora viven conmigo.

Ellos, furtivos hijos derramados de la noche, con su nivosa muerte rondando las calles primero y mi hogar, luego, ahora habitan mi carne.

Con el cuerpo lacrado, estático, detenido en el tiempo, frente a esta ventana vestida con rejas, recuerdo sus jugos que lo han invadido todo.

Ya no sé cuánto tiempo ha pasado desde que era un hombre limpio, decente, silencioso.

Todas las mañanas, durante setenta años, luego de cambiar la ropa de cama, mientras dejaba hervir el agua para mi desayuno, pasaba un algodón con colonia por mi piel. Cada mañana, fuera a trabajar o a la iglesia, cumplía con mantener la pulcritud en mí, en mi carne.

Yo sé que mientras erradicaba las bacterias de mi hogar, ellos, los que ahora se retuercen en mi garganta, incubaron, acechantes en los umbrales, en las escaleras desvencijadas, de mi edificio. Porque no ha quedado impertérrito ante la lenta velocidad impasible de los años, ni de la podredumbre que roía el país.

Recuerdo, todavía, la mañana que el olor a excrementos inundaba el living. Una delgada película de lo hediondo impregnaba los muebles, las ventanas, mi piel. Mis nervios se crisparon cuando un ácido olor a orines se coló por el resquicio de la puerta. Limpié con un pañuelo la mirilla y observé. Espantado asistí a un espectáculo patético: unos muchachitos, desparramados en el umbral de mi puerta, comían naranjas, riendo, atestando de gérmenes el pasillo. En el primer rellano de la escalera una mujer gorda, con el pelo gris, amamantaba una criatura. Palpé, en ese momento, la inmundada esencia de las

tripas aliviadas del lactante. Una especie de fiebre me atacó cuando uno de los rapaces se arrojó sobre mi puerta. ¿Habrá olido mi refinamiento?, pensé. Pero lo descarté de inmediato: determinados dones no son concedidos a los de cuna impura. Contuve mis náuseas y volví a observar por la mirilla. Quedé petrificado al ver que uno de los mocosos intentaba tocar el timbre. Agradecí que no hubiera energía eléctrica —lo que la noche anterior me había suscitado un dolor de cabeza a la hora de cenar, terminó dándome un alivio inesperado.

Esperé que los chiquilines no tuvieran otro remedio que marcharse. Pero, muy por el contrario, al oír golpes en la puerta, me desvanecí. En posición fetal, tembloroso, rogando a Dios para que intercediera ante mí y los obligara a marcharse, esperé inmóvil. Mi alma los presentía invadiendo la estructura de la casa. Las paredes (ya bastante atacadas por la humedad vehemente) además debían soportar los efluvios repulsivos de esa especie de humanidad.

Me incorporé consumido, abandonado en una retahíla de pensamientos confusos, llanos: *“Debo llamar al portero para solicitarle que los expulse. Debo hacer uso de mi derecho de propietario requiriendo la paz de una propiedad privada.”* Levanté el tubo del teléfono, pero antes de discar, el silencio acotó mis planes. La conexión telefónica continuaba sin ser restablecida. De todos modos, hubiera sido inútil. El encargado, un vago mugroso, seguramente los habría dejado pasar. Él no es un buen hombre, como lo ha sido su padre. Ese sí era un empleado eficiente. No era un zángano, como ellos, los que antes moraban el éter, y ahora viven conmigo.

Ellos, corruptos, hediondos criminales, me empujaron con sus execrables pestilencias hasta el cuarto de baño. Los blancos y helados azulejos parecían romper su eterno silencio al verse invadidos por la fetidez que gobernaba mi departamento. Llené con agua fría la bañera.

Fría el agua.

Me arranqué la ropa, sin soportar el ahogo que poco a poco me desesperaba los pulmones agotados. Tomé los cepillos del estante, y restregué mi humanidad toda. Los labios. Las encías. Los ojos, los genitales, con mis cepillos de alambre, refregué incontables veces, hasta que el blanco color de mi piel tornó en rojo.

Una vez, agotado por el proceso, con el sol todavía en las ventanas, organicé mis ropas para el trabajo, y me fui a dormir. Ahogado, dolido, tuve terribles pesadillas toda la noche. Soñé con gatos que lamían, con su áspera lengua, las plantas de mis pies, mis muslos. El asco me arrebatava con tanta inclemencia, que llegué a golpear las paredes, que cedían, se derrumbaban, sepultando a los felinos, retorcidos de dolor.

Morían.

Luego, entre las ruinas, comenzaron a brotar, a invadir mi cuarto, ellos, los que antes habitaban el éter, los que ahora moran en mi alma. Impregnaban mi hogar con sus respiraciones ajadas.

Moría, yo, en la pesadilla, luchando contra los hedores.

Moría, yo, blandiendo un sable dorado, que cortaba el aire, que destrozaba carne.

Dormí acompañado, por numerosas noches, de esta oscura pesadilla. Por numerosas noches y, también, algunas mañanas, viajé aterrado a mi oficina. Esperando al volver que, ellos, hubieran tomado mi hogar. En ese momento pensé en subir a la casa de Berta, dos pisos más arriba, el 3º D, para pedirle

consejo, para aunar esfuerzos y expulsar a esas huestes de la roña. Pero Berta, luego de la muerte de Leopoldo, en el año 1982, hacía ya más de veinte años, se había vuelto intratable, casi loca.

Comencé a salir con menor frecuencia. Pero recuerdo todavía, con precisión de animal perseguido, la distribución que ellos guardaban en los pasillos, en los umbrales. A ellos, que antes moraban el éter, y hoy anidan en mí, los recuerdo, ahora, durmiendo a lo largo de toda la escalera.

La densidad del aire, la negrura de sus pensamientos, se sumergía en mis fosas nasales, hiriendo las partículas de pureza de mis mañanas, de mis tardes, de mis noches. Puedo decir que, incluso, ellos, hijos derramados de la noche, me odiaban. Me percibían desde mucho antes que me asomara por la mirilla de la puerta a observar los pasillos. Entonces, ellos, con mayor resentimiento, con animadversión,

sus garras, con uñas partidas, lastimadas, rasgaban el doblez de mi sobretodo. Comenzaron a interferir incluso con mis pocas salidas a comprar alimentos. Y berreaban:

—¿Me da una moneda, señor? Dame comida, señor.

Con movimiento firme, mis manos, enfundadas en un par de guantes de látex, y otro de abrigo, arrancaban la tela de sus garras, y seguía mi camino, como si ellos no existieran, como si nada hubiera en mis pasillos. Aunque mi mente gritara, enloquecida, a mis sentidos que nada ocurría, mi razón, exacerbada, los veía a ellos, que moraban el éter, pervertidos en jugos.

Así pasaron los días. Las noches. Las interminables lluvias de agosto. Y las lluvias me develaron nuevas fisuras en las paredes, en las coyunturas del edificio. Cada tarde, en la que los pasillos aparentaban estar desiertos, bajaba hasta el departamento del encargado. Tocaba timbre. Golpeaba la puerta con enorme furia cada vez que, oculto en las sombras, bajaba. Nunca respondió a mis llamados. Así como nunca compuso el ascensor, ni la instalación eléctrica. Ni remendaba el portón de la entrada de servicio, tapiado con maderas, pintadas, sucias.

Los que antes habitaban en el éter y hoy descansan a mi lado, en mí, se convertían en los cancerberos de mi hambre, que avanzaba comiendo mi alma, mi pulcritud. Y así como no hubo luz, teléfono y gas, tampoco hubo, una mañana, agua. Y la hediondez, lenta, subrepticia, se aferró a mis ropas, a mi carne. Apenas me quedaban fuerzas para observar, durante el día, cuadrillas que poco a poco iban cercando con carteles, con tablones, los terrenos baldíos que lindaban con el edificio. Cada mañana —mientras los olores espesaban mis globos oculares— por mi lengua, pasaba cepillos, esponjas embebidas en alcohol puro... y ni siquiera así pude omitir el tufo de estar sitiado por las huestes que se apropiaban de hogares, derrumbándolo todo, aniquilando las costumbres.

Qué no hubiera dado yo por oler de nuevo el delicado aroma de un mantel almidonado, confundido con la fragancia suave de una mermelada de campo. Por el tenue bálsamo del pan tostado, derritiendo la delicada manteca, entre la fragancia de leche y café calientes. Pero en su lugar vivía, conmigo, en mí, el espeluznante vaho de un hogar sin agua, rodeado de roña, con mis uñas largas, corrompidas por la soledad. Y mi mente agobiada por ellos, que, cada vez, con mayor insistencia, llamaban a mi puerta. Me gritaban procacidades, improperios, amenazas. Lentamente, los golpes me fueron acorralando contra

el ventanal, hasta hacerme desfallecer, hasta que observara, como un animal, la chance de saltar, de arrojar mi cuerpo decadente, ya a esa altura, por el ventanal.

Y los golpes, furibundos, contra mi puerta, me desesperaron más y más.

Mi final estaba próximo.

No quedaba otra salida.

Una mañana la luz del sol se filtró por los ventanales lastimando mis ojos adormecidos. Observé entonces la calle. Por los terrenos baldíos entraban uno, dos, tres... incontables policías. Al fin llegaron. Tal vez algún otro vecino, alertado por las alimañas, hubiera llamado a las fuerzas de la ley. Escuché, raudos, los tacones de las botas, golpeando las escaleras, los pasillos. Los gritos de los rapaces, las mujeres, clamando piedad, una piedad que me hubieron negado durante mi sitio

Golpearon mi puerta.

Entraron, primero, algunos mocosos, luego, el cuerpo de policía. Golpeándolos en una orgía descontrolada de sangre, de gritos. La emoción, y el agotamiento, me impidieron festejar, señalarles, que algunos de ellos, los que antes moraban en el éter, se habían escurrido como ratas hacia la cocina.

Uno de los policías, luego de patear a una mujer, de cabellos grises, que se aferraba a mis tobillos, ensañado, me golpeó con su bastón.

Me faltó voz, agotado por el sitio, por el hambre, por la mugre, para decirles que yo era el dueño de ese lugar, invadido, violentado por ellos. Recibí golpes hasta el aturdimiento, la parálisis.

No preguntaron.

Actuaron.

Me encerraron, en este lugar, con algunos de ellos, los que moraban el éter, y ahora viven en mí.

Ellos, sigilosos hijos derramados de la noche, ahora habitan mi carne.

Yo, con el cuerpo lacrado, estático, detenido en el tiempo, frente a esta ventana vestida con rejas, recuerdo cómo sus jugos lo han invadido todo, hasta despojarme de mi virtud.

Así como me despojaron de setenta años, que se han ido procurando orden, limpieza, pulcritud, silencios.

Han sido ellos, los que antes moraban el éter, y ahora viven conmigo en este hospicio municipal.

## El reto de Sosa

PERO A LAS VEINTE Y VEINTICINCO, CUANDO LA RADIO PASÓ EL RECORDATORIO del ingreso a la inmortalidad de la jefa espiritual de la Nación, un helado rumor arrastró a Venancio Salvucci fuera de la pensión donde vivía. La bruma descansaba en las esquinas, metiéndole un extraño temor en la vida misma. Y, como huyendo de algo, tal vez de su propia sombra, salió a su destino. Faltaba un buen rato para la hora convenida; pero de todos modos se dirigió al punto de reunión pactado la tarde anterior con Hilario Reyes el bar de la estación de La Paternal.

Saludó con un gesto vago a los presentes, se acodó en la barra y pidió un vaso de anís y una sopa. Buscaba acomodar sus temores, sus negros presentimientos.

El alcohol —que raramente tomaba—, y la sopita caliente lo relajaron un poco mientras dejaba un oído atento a la charla de los viejos habitués. Podía pasar horas oyendo acerca de burros, minas, metafísica y teorías políticas que dividían a la sociedad argentina de aquel entonces. Moría por opinar, por ser parte del grupo; pero escasamente si lo habían visto entrar.

Melancólico y claudicante, buscó que la bebida le aflojara un poco la lengua. Y es sabido por todos que, en un bar, siempre puede encontrarse un compañero para tales menesteres; trabó conversación inocua con un viejo canillita que le daba a la ginebra. Hablaron un rato acerca de los riesgos de ser vendedor de diarios y, así como dicen que una mariposa bate las alas en Asia y llueve en África, Venancio Salvucci comentó el singular oficio al cual se dedicaba Hilario Reyes y los asuntos que lo ocupaban. El batir de alas, de tan grosero, logró conseguir la atención de los presentes, quienes, entre absortos y divertidos, intentaron confirmar lo oído.

Salvucci se negó, convencido de haber entrado en un callejón oscuro, sin salida. Pero fue inútil, porque hasta Emilio, el mozo, había dejado de servir un vaso de vino para atender a la conversa. Los viejos le tiraron la lengua para que se animara, para que compartiera con ellos semejante cosa. Dudó unos instantes, se dejó invitar otra copa y reiteró lo dicho, generando un breve silencio. Un viejo, de los tantos que allí se encontraban, comentó:

—Mejor largue el trago, compañero. —De inmediato, casi todos estallaron en carcajadas.

Casi todos.

Venancio, para no quedar como un salame, explicó, de nuevo, cómo Hilario Reyes logró sacarlo de un problema que le quitaba el sueño. Mientras iba subiendo el tono de voz para no ser tapado por las risotadas, adivinó una siniestra presencia que seguía la charla sin entrar en la burla de los otros: era Orlando Sosa, quien, en una mesa, ni lejos ni cerca de la barra donde todos departían, se paró cerrando con un golpe seco un cuaderno. Sin quitar la mirada de Salvucci, decía:

—Déjese de joder, che. Mire si alguien va a comprar semejante buzón.

—Lo juro por la luz que me ilumina.

—No jure por una lamparita, compañero —Intervino Emilio, contando las pocas propinas de la noche—, que se va a quedar ciego. —Las risas volvieron a invadir a los comitentes.

Sosa puso el cuaderno bajo el brazo y se acercó al grupo diciendo:

—Pero, ¿usted lo ha visto realizar semejante acción? —Jugando con el capuchón de una lapicera— ¿No será que los reventó por ahí?

Sosa era uno de esos hombres que generan la sensación de estar con el alma podrida. Tipo de pocas pero bien certeras palabras: llenó el bar y los corazones de recelo. Ninguno de los presentes se animó a intervenir, dejando que interpelara a sus anchas.

Dubitativo, Venancio Salvucci respondió:

—No. La verdad que no lo he visto —el aire se distendió unos breves instantes—. Pero sé que no los mató: anoche, al lado de la ventana de la pensión... ¡Los desgraciados de nuevo andaban de tertulia!

Emilio increpó:

—¿Qué hacían, hombre? Ande... ¡Cuenta, carajo! —La cosa se ponía fulera.

Salvucci, medio por vergüenza, medio por sopor, sintió que faltaba el aire; Sosa le mantenía la mirada y, como los viejos no salían en su defensa, entendió que debía andar con cuidado, aunque tampoco era bueno achicarse. Tembloroso dijo:

—¿No le digo que ya no me jodían más, compañero? —hizo una pausa que ayudó a que la tensión creciera de nuevo— Ahí se quedaron. Sentaditos, en fila, mirando la luna, o vaya a saber qué cosa. Ni miau decían. Eso sí, volví a dormir como un angelito, tal y como Reyes me vaticinó antes de hacer lo suyo.

Los viejos cuervos que se apocaban a beber en ese reducto desconfiaban hasta de su propia sombra, y solían obviar el parloteo sin pies ni cabeza. Aunque, esta vez, el tema en cuestión les provocó una intriga que no podían esquivar: el oficio de Reyes era tan ridículo como extrañamente fuera de lo común. En especial porque a Venancio Salvucci, por ese entonces, no se lo conocía como tipo amigo de la mentira.

Uno de los viejos, con tono cordial, lo incitó a seguir: —Cuenta un poco más, amigo.

Orlando Sosa prendió un cigarro y agregó con tono camorrista: —Lo escuchamos con toda nuestra atención, compañero.

La frase hizo mella en Salvucci, quien retrucó enseguida:

—Mire, don Sosa, no es muy difícil —Los viejos dieron un paso atrás, esperando con ansias que alguno sacara un arma—: unos gatos vivían de romance en el techo de la pensión, me daban... serenatas toda la madrugada — En ese preciso instante se lamentó de haber abierto la boca. Comprendió que parecía un otario—... Cazaban ratas, hacían lo propio de felinos en celo... y...

—...y entonces... —Lo ayudó Emilio

—Le comenté el problema a este hombre, y lo solucionó... qué tanto joder.

Si me quieren creer bien, y si no... —Remató sabiendo que entraba solito en la boca del lobo.

—¿Mandaste a matar a los gatos? —Dijo un viejo

—No sea bruto, hombre, me extraña —Tomó aire y repitió la frase de la discordia—: este buen señor es hipnotizador de animales.

—¡Déjeme de hinchar las pelotas, Venancio!—Gritó embravecido Sosa, consiguiendo que más de uno pensara que se armaba la rosca. En especial porque acerca de Orlando Sosa se referían historias de variada índole. Una de ellas contaba que podía reconocer la mentira en los ojos de un hombre. Otra decía que, no muchos años antes, supo vengar la traición de una mujer a los tiros limpios. Nada era sabido con certeza; inmejorable razón para esperar cualquier desenlace.

Entre las risas y cargadas de los viejos, Venancio Salvucci sintió la profunda mirada de Sosa clavada en su frente. Una contemplación macilenta que atravesaba el aire viciado de humo, tallando sus pupilas en busca del engaño. Salvucci mantuvo unos segundos la mirada

en esos ojos malevos que lo acusaban, su corazón le dejó saber que con Sosa, por más que se las diera de poeta, no se jodía.

La bulla en la barra fue subiendo de tono. Uno de los viejos contó algo acerca de un paisano que embrujaba gallinas. Otro dijo que si uno mira fijo una tararira, en noche de luna llena, siente gusto a barro en la boca.

Salvucci se armó de coraje y, entre hartó de las tomadas de pelo e intimidado por Sosa, dijo:

—Para hacerla más fácil, cuando este hombre llegue y se siente a conversar conmigo, alguno de ustedes se hace el gil y lo aborda. Entonces le preguntan al tipo lo que quieran y me dejan de escorchar, ¿estamos? —Todos asintieron entre risas, y Salvucci pensó que se había mandado una macana enorme. Pero no tenía otra salida.

Los viejos coincidieron en que Emilio fuera quien abordara al hipnotizador, al mismo ritmo que planeaban los mejores modos de tirarle la lengua a Reyes. En tanto, Sosa, sumergió su apesadumbrada existencia en el fiel cuaderno que sabía acompañarlo.

Media hora más tarde, apenas pasadas las diez de la noche, apareció Hilario Reyes envuelto en un sobretodo reluciente, una bufanda blanca, y un maletín de médico. Se acercó de inmediato a Salvucci, sin hacerse cargo del silencio que a su entrada ganó a los parroquianos. Antes de sentarse, y en tanto que saludaba a su conocido, reparó en el solitario hombre que escribía compenetrado en una mesa distante. Pidieron anís y, mientras Salvucci le daba unos billetes y Reyes hablaba sobre la maravillosa percepción de los animales, Sosa interrumpió la charla, sin respetar lo conversado previamente:

—Disculpe, jefe, ¿usted es encantador de bichos? —El hipnotizador lo miró tanteando el terreno. Emilio se acercó hasta el teléfono, uno de los viejos enfiló hacia la puerta; temían una tragedia. Sin embargo Reyes se mostró bien predispuesto al extraño que lo abordaba; de seguro que supuso un potencial cliente. Y no estuvo tan equivocado.

Nadie recuerda demasiado de la charla en general. O los recuerdos, mejor dicho, son tantos y tan variados que no forman nada concreto de esa noche. Apenas se sabe, según lo que contaron hasta el cansancio en los años que les tocó seguir viviendo, que: era un lunes de agosto, que no todos los presentes se encontraban ebrios, y que hacía un frío infernal.

Dentro de esas lagunas, que hoy llenan tantas memorias, se tiene la imagen de Reyes hablando acerca del método para la hipnosis de felinos, gallinas y

cristianos:

—... eso pasa cuando uno ya comprendió el significado de ser ave. A los hombres puedo hacerlos olvidar, recordar, trasladar vivencias. Utilidades diferentes, ¿vivo?

—Imposible, amigo —dijo Sosa—, no hay manera en la que pueda creer lo que usted cuenta.

—Pero mis gatos —interrumpió tímido Salvucci—, digo, los gatos no maúllan más, ¿eh? Están ahí quietitos toda la noche.

—Algo químico les debe haber dado, compañero. —Agregó con tono zumbón Emilio —Puede ser, che —chicaneó Sosa—, hay tanto loco dando vuelta —prendió otro

cigarrillo, y largó como con descuido—: a menos que uno pueda verlo, ¿no?

Hilario Reyes, al escuchar semejante afrenta, se puso de pie, fue hasta la barra, hizo señas de que le sirvieran un vaso de anís, mojó los labios apenas, y habló:

—Le hago una apuesta —se dirigía a Sosa—. A que doblego la voluntad del animal o insecto que ustedes dispongan —vacío de un saque el trago y gritó—: ¡cien pesos, carajo!

Sosa quedó clavado al asiento. Buscó los ojos del retador y, loco o no, sólo encontró pura verdad. Respondió sin titubeos:

—¿Usted me dice que puede manejar un bicho, delante de todos nosotros?

—Un bicho, un milico, una mujer —Reyes volvió a gritar—, ¡al diablo mismo si se me antoja, cien pesos he dicho y otra copa de anís, carajo!

—¡Acepto, mierda, y una ronda de ginebra pa' los testigos!

Salvucci se persignó. Tenía la certeza de que Sosa andaba con un bufoso y que, si Reyes se pasaba de vivo, lo iba a usar.

—Ustedes dirán con qué hacemos la prueba. —Incitó canchero al grupo Reyes.

—Yo digo que con unas cucarachas que puedo traer de la cocina. — Propuso Emilio, como si no le requiriera esfuerzo alguno juntar los bichos. Todos aceptaron, no sin cierto asco. Fue hasta la cocina y volvió en menos de un minuto con una bolsa de maníes. La dejó sobre la barra, cerró con llave la puerta de entrada y puso el cartel de “Cerrado”. Los presentes no quitaban ojo de la bolsa que parecía tener vida propia por los pequeños espasmos que la sacudían.

—Mejor así. —Dijo Hilario Reyes.

—¿Cómo hacemos, jefe? —Preguntó cándido Salvucci

—Espere un minuto —interrumpió Sosa y agarró de un brazo a Emilio—, ¿usted sirve maníes de esa misma bolsa, pedazo de animal?

—Oiga que yo hago lo que me manda el dueño, compañero —replicó de lo más natural el mozo—, hágame el favor y no joda con pavadas ahora, hombre.

Sosa se puso cabrero, iba a contestar algo pero Hilario Reyes lo cortó:

—Bueno, a ver si nos callamos, que esto no es moco de pavo —hizo sonar el cuello, y continuó—. Ni bien suelten a las cucarachas en la barra, con un leve movimiento de dedos que magnetice el aire, las detendré a todas —Una nueva pausa. Reyes conocía el oficio de hacer único su don tal vez heredado—. Luego, por propia voluntad mancomunada entre sabandijas y hombre, entre hombre y sabandijas, en prolija fila india ingresarán de nuevo en la bolsa. ¿De acuerdo?

Nadie se opuso porque no sabían de qué otro modo realizar el experimento y, si bien confiaban en que no consiguiera la prueba, tampoco se animaron a doblar la apuesta. Ante el silencio, Reyes miró a Sosa, luego a los otros espectadores, y le dijo a Salvucci:

—Venancio, cuando quiera dé la señal de largada, por favor.

El silencio se convirtió en muralla. Todos contenían la respiración, sabiendo que, de un modo extraño, estaban a punto de hacerse de una anécdota

espectacular; sea cual fuere el resultado.

Salvucci miró a Sosa, maldiciendo la suerte que los cruzó esa noche, tronó los dedos, y dijo:

—A la una, a las dos y a las... ¡tres! —Al tiempo que volteó la bolsa, dejando caer maníes e insectos.

Diez, quince, quizá hasta veinte cucarachas corrieron a tontas y locas por la barra. Se confundían con el maní mohoso que rebotaba en el suelo y en los zapatos de los viejos. Hilario Reyes comenzó a emitir un sonido gutural al tiempo que sus ojos se movían de lado a lado, como por una voluntad ajena. Ambas manos se movían en círculos inversos a las agujas del reloj, un par de viejos comenzaron a invocar a santos de nombres tan variopintos como extraños y comunes.

Entonces ocurrió. Hilario Reyes abrió la boca soltando un eructo de sonoridad tan potente que parecería la única causante de detener la estampida de los insectos. Todos soltaron un “¡A la mierda!” capaz de concentrar toda la sorpresa como el pequeño temor del que eran presas, pero de ahí en más el único sonido perceptible en el bar era la profunda respiración

del hipnotizador, y un murmullo intermitente que salía de la boca de Salvucci. Algunos contaron que una presencia doblegó sus corazones. Otros que, desde entonces, nunca jamás han vuelto a reventar a bicho alguno. El asunto es que, las cucarachas, direccionaron las antenas hacia Reyes, detuvieron su vertiginosa carrera, formaron fila india, y, una por una, sin agolparse, ingresaron de nuevo en la bolsa.

Todos, a excepción de Sosa, aplaudieron al maravilloso mago que manejaba el secreto arte de la hipnosis. Gritaban que era prodigioso, que en Polonia lo enseñaban en las escuelas, que si los viera el General. Salvucci rebotaba de excitación y gloria, dando vivas por su amigo y por Perón.

Sosa, enfurecido, dejó sobre la barra cien pesos, prendió un cigarro y se ubicó en una mesa alejada. La tenue brasa era señal de profunda y desbocada ira. Hilario Reyes, embriagado con sus admiradores, olvidó por completo al derrotado.

Afuera, y tal vez en África, comenzaba a llover.

Pasaron unas horas y muchas copas de bebida hasta que, desde las tinieblas, Sosa le dijo al nuevo héroe barrial:

—¿Y con las personas qué puede hacer? —Los viejos se vieron venir, o quisieron ver por lo menos a esa altura de la noche, unos roscazos entre el hipnotizador y Sosa.

—Puedo conseguir maravillas —dijo Reyes con aire pituco—. Puedo quebrar los secretos de los más herméticos y hacer que un tercero los posea por instantes, por toda la vida —hizo una pausa—, quién sabe... por unos mangos siempre...

—¡Le pago quinientos pesos si es capaz de hacer que el infeliz de Salvucci vea los míos! —Interrumpió Sosa.

Imposible describir el sentimiento que atrapó el corazón de Venancio Salvucci ante el desafío. No existen las palabras para elucubrar apenas la amarga presunción que se grabó en las almas de los viejos. Hilario Reyes, embravecido por la gente (y por los quinientos pesos), aceptó el desafío y se dispuso a cumplirlo de inmediato.

Ubicó en el medio del salón dos sillas donde, en cada una de ellas, sentó, frente a frente, a

Salvucci y Sosa. Reyes, notablemente ebrio, habló:

—En esta oportunidad, quiero aclararles, es muy importante que cada uno mantenga la compostura... compustera... compostura, carajo —eructó, corta

pero potentemente—. Presenciarán una demostración por la cual debería pedirles algún óbolo, pero nobleza obliga, y debido a la suma en juego, los tomaré como testigos del acto —Engulló un vaso de anís y continuó—. Haré que por unos instantes, la mente del señor Salvucci se traslade a la del señor Zorzal...

—Oiga, que mi nombre es Sosa. —Replicó el susodicho.

—Como sea —Contuvo otro eructo, soltó un pedo suave y sacó de su bolsillo los quinientos pesos y los puso sobre la barra—. Para evitar posteriores malos entendidos, sería bueno que usted hiciera lo mismo, don. —Orlando abrió su saco, dejando a la vista la hermosa culata blanca de un revólver, y puso un fajo de billetes sobre los de Reyes. Acusando la sutil amenaza, siguió con su discurso—. En este vaso, tristemente vacío, depositaré por espacio de breves segundos, la memoria de Sosa, para luego, una vez que Salvucci tome apenas una parte de sus secretos, restablecer todo como Dios ha dispuesto —Venancio sudaba como el último día—. Confío en su buena predisposición para luego aseverar lo que diga el compañero, ¿verdad don Sosa?

—Por supuesto.

Reyes puso sus manos sobre las seseras de Sosa y Salvucci, y a los cinco segundos sus ojos quedaron en blanco. Un extraño hedor sulfuroso invadió el local, al tiempo que la lluvia sentenciaba temor en las almas de los hombres. Los truenos, brutales verdugos de la serenidad, hicieron que el vidrio de la puerta se desparramara por el salón convertido en astillas. Los viejos se persignaron en el nombre del más variado tropel de santos; aterrados, comenzaron a amucharse en un rincón.

Orlando Sosa expulsaba espuma por la boca, a la vez que Venancio Salvucci lloraba dueño de una amargura pronta a agotarlo. Una brisa helada reinó en el bar cuando las luces desaparecieron por una veintena de segundos.

Silencio.

Espectral silencio.

—A ver, che, el mozo, que traiga unas velas, debo concluir el experimento.

—De inmediato, señor, esperesé un instante. —La fatalidad quiso que, en el apuro, Emilio tropezara vaya a saber dios con qué cosa y cayera redondo al piso.

Ni bien pudo incorporarse, la luz volvió a reinar en el bar. Entonces Reyes terminó de hacer unos pases mágicos y se apartó hacia el lado de la puerta. Salvucci parecía haber perdido el habla; aunque más jodido estaba Sosa. En meros instantes, el paso problemático de los años, la rotunda vejez, acometió sus sienes, nevándolas con penas y rayos. La melancolía llenaba el lugar.

Reyes, que parecía sobrio, interrumpió el silencio ritual diciendo al grupo de viejos:

—¿Se encuentran todos bien? ¿Usted, Salvucci? —Sí... No... No lo sé...

—¿Sosa? —Este afirmó con la cabeza, con movimiento poco convincente

— Bien, entonces amigo Venancio, cuente los pensamientos, los mágicos pasadizos por los cuales ha viajado su mente, su alma —Hizo un pausa, tomó aire, ahora parecía ebrio de nuevo— Cuente, carajo, lo que ha visto en la memoria del retador.

Sosa abrió el saco, y metió la mano; Reyes, de un salto digno de competencia olímpica, cayó detrás de la barra; los viejos se agacharon, esperando el fin de alguno de ellos. Salvucci, por primera vez en toda la noche, no sintió miedo. Sus ojos volvieron a cruzar la mirada de piedra de Sosa, quien terminó sacando un pañuelo rojo, con el cual limpió la comisura de sus labios, la frente empapada, y dijo:

—Compostura, compañeros, al amigo Salvucci le preguntaron algo.

Salvucci se mantuvo en silencio, con ojos que también acusaban el paso de lustros en breves minutos. Reyes, sobando su hombro maltrecho por la caída, exclamó señalando el vaso:

—¡Aquí lo tienen! Todos han visto que antes del experimento se encontraba vacío, ¡y mírenlo ahora! —Era cierto; el vaso tenía líquido hasta la mitad. Los murmullos volvieron a gobernar por encima del silencio, dando un regodeo eterno a Reyes—. Hable, Salvucci, vamos hombre, diga qué ha visto.

Venancio Salvucci le sacó el vaso de la mano y lo vació de un solo trago. El sabor del líquido lo tomó por sorpresa, esperaba encontrarse con anís, vodka, cualquier cosa. Pero el delicado gusto salobre le terminó de derrumbar el alma.

Con la voz ahogada dijo:

—No he visto nada. Todo ha sido un fraude.

Los improperios lanzados por Hilario Reyes son irreproducibles. Le arrebató el vaso a Salvucci y lo revoleó contra las botellas. Un par de viejos, adivinando que no habían oído la verdad, salieron en defensa del mago, quien se preocupaba más por el dinero perdido que

por su reputación. Sosa tomó los mil pesos, estrechó la mano de Salvucci con uno de esos apretones que demuestran agradecimiento, y se las tomó sin mirar atrás. Nunca se ha vuelto a verle el pelo. Reyes le encajó un tortazo a uno de los viejos que no paraba de burlarse, y comenzó la trifulca. Entre trompadas y gargajos, alguien gritó: “¡La policía!”, y atropellando, salieron todos a los piques.

Reyes fue detenido por agresión a un oficial, ebriedad, y prácticas inmorales de culto profano. Emilio aprovechó para meter en la denuncia que también le había roto los vidrios de la puerta, para ver si de ese modo zafaba de que el dueño lo descontara de su sueldo. De todas formas, el bar fue clausurado porque se corría la bola de que era un lugar de mala muerte. Y tal vez era verdad. Por unos meses, los viejos decidieron acudir a otros establecimientos, contando la anécdota a cuanto concurrente cruzaran; haciendo correr el rumor de que, a veces, Salvucci y Sosa laburaban juntos.

Venancio Salvucci vivió unas pocas semanas más en el barrio. Algunos decían que conoció la melancólica y solitaria mente de Sosa, pero como buen caballero que era, se negó a deschararlo. Otros dijeron que era un falluto y estaban compinchados para limpiar a Reyes.

Pero la única verdad, que se sabe hoy por hoy en dicho barrio, es que todo negocio que abrió las puertas en dicho local fracasó de manera estrepitosa. Algunas veces debido a que Sanidad se hacía eco de las denuncias de cucarachas que desfilaban en hilera todas las noches cerca de la barra o mostrador o lo que fuera. Otras porque, simplemente, el local se quedó con toda la triste y miserable existencia de Sosa.

## La deuda de Ulloa

Algunos decían que Jesús había vuelto para vengarse, para cobrar sus odios, para limpiar sus heridas.

Cuentan, algunos deudores, que regresó la misma fría noche de marzo en la que Ulloa, “el Prestador”, soñaba que lo enterraban vivo. Que mientras paladas de escombros lo sepultaban un niño gruñía: “Jesús volvió para vengarse de tu carne”. Cuentan, los que temían a Ulloa, y los que temen a Jesús, que se despertó estremecido y que no prestó atención a los ruidos en el patio, pensando que la presión de un sueño estúpido y el cariño a una criatura no debían ablandarlo.

Todo había comenzado el domingo 6 de enero. Temprano, bien temprano, Sara golpeó la puerta de Ulloa en la pensión. Estaba indecisa de meter a su hija, Malena Coria Ulloa, en la casa del viejo, pero la necesidad era mucha. Ni bien llegó al barrio, en la estación de Carupá, mientras la nena desayunaba, algunos comentarios acerca de “el Prestador” le hicieron notar que nada había cambiado. No se sorprendió, entonces, cuando Ulloa abrió la puerta, en calzoncillos, y le espetó con desprecio:

—Así que volviste, nena.

Luego los gritos, las recriminaciones. Malena, confusa, observaba esa mole canosa, tratando de entender el significado de la palabra abuelo. Lo siguió con la mirada hasta que el viejo entró de nuevo a la pieza para salir con unos pantalones, y de nuevo a discutir. Aburrída, sabiendo que su mamá arreglaría todo, como siempre, dedicó su atención a jugar a una rayuela imaginaria. Miraba sus pies, con esa alegría de los chicos cuando reciben el premio de los Reyes Magos: unas hermosas zapatillas rojas de lona. Esta noche, pensaba, voy a dormir con mis zapatillas en la almohada. Basta de zapatos usados, de andar descalza y lastimarme los pies. Su felicidad era interrumpida por los llantos a ese señor que le había acariciado la cabeza con resignación. Malena miraba con la vista dibujada como una mueca. Su mamá, Sara, lloraba y le decía a Ulloa, por favor papá, hasta que consiga trabajo, necesito quedarme.

—No, nena. No pueden quedarse. Esta pensión está llena de criminales, de locos. —Pero papá, no tengo plata, no tengo lugar para vivir. ¡Hacelo por tu nieta si no es por mí!

Ulloa movía la cabeza de un lado a otro:

—No, nena. En este lugar no hay espacio para ustedes. Estoy en medio de unos quilombos terribles. Además vos te fuiste escupiendo el cielo y ahora que te pegó tu propia escupida me venís con este paquete. —Dijo señalando a la nena.

—Papá ya es tiempo de perdonar. Me equivoqué pero quiero rehacer mi vida, y te necesito.

—Mentís, como siempre, como mintió tu madre.

Malena miraba, lejana a los gritos, fascinada, junto a una pieza en la parte alta, una jaula llena de zapatos y zapatillas de todos los colores. Tembló de emoción al ver a ese hombre taciturno de pelo largo y barba sobreabundante. Malena, se preguntó si tal vez no sería uno de los Reyes Magos. Y si lo fuera, por qué tendría zapatillas en una jaula; seguro serían de personas que se portaron mal.

—Por favor, papá —continuaba sollozando Sara—. Tenemos hambre. Perdonanos, papá.

Ulloa levantó la cabeza y vio una sombra oculta en el reflejo del sol — Jesús sabía ocultarse hasta en la claridad—, y a Malena que subía la escalera, extasiada.

—Me cago en vos, Jesús. Rajá de acá antes de que te mate, animal de mierda. Y vos, nena, vení acá —Tomó de un brazo a Sara, y de un empujón la puso detrás suyo—. Carajo, te quedás hasta que te consiga un laburo, pero después te me mandás a mudar, ¿estamos? Yo acá trabajo, y hay gente que no me gusta que ande cerca tuyo.

Esa noche Ulloa salió al patio de la pensión mientras Sara armaba la cama en el suelo. La luna de enero le dio brillo a la figura de Jesús que observaba con sus profundos ojos la luz en el cuarto del viejo. Se acercó, le pidió un cigarrillo a cambio de un mate. Ulloa se sentó en una pila de escombros; Jesús, como un perro desconfiado, a su lado, cebaba. Ulloa conocía a Jesús del barrio, desde que apareció maltrecho hace muchos años atrás. Ulloa, en cuanto lo vio, supo qué era: un inútil que sólo servía para golpear gente. Después, estaba más que demostrado, era un idiota mental. Lo bancaba como coartada, en una de esas debía echarle la culpa de algo, Jesús no se opondría. En caso de que la policía se pusiera pesada, más valía ir a la sombra por agresiones que por algo más oscuro.

Pero los últimos tiempos, en especial luego de Navidad, Jesús se había puesto raro. La noche del gran quilombo, cuando se les fue la mano en la casa de un tipo, Jesús, al volver, comenzó a meter en la jaula zapatillas, ropa robada, cualquier porquería. Ulloa se arrepentía por haber actuado así delante de Jesús; pero estaba muy borracho, muy loco, y si no apretaba a la gente hasta lo más hondo luego lo tomarían por tonto: la gente es mala, comenta y cree cualquier cosa.

La puerta de la pieza de Ulloa se abrió, Sara y Malena se asomaron.

—Listo, papá, nosotras nos acostamos a dormir. —Jesús las miró, demasiado para el gusto de Ulloa, y señalando los pies de Malena, sonriente, dijo:

—Están... bonitas. Están... —Y no terminó la frase, ni Malena de sonreír, cuando un sopapo le cruzó la cara a Jesús.

—¡Metansé adentro ustedes dos, carajo! Y vos, animal, ni siquiera les hables, ni las mires, porque te desfiguro a trompadas.

Jesús escupió sangre y subió corriendo a su pieza. Malena lloraba a los gritos. Sara metió a la nena de los pelos. Conocía a su papá, cuando pegaba una vez, no paraba hasta que la furia se le iba del alma. Ulloa le revoleó unos cachetazos a su hija, cerró de un portazo la habitación y le echó llave. Luego subió la escalera.

Jesús trataba de cubrir su cuerpo. Ulloa le daba, una y otra vez, con un palo; en la cara, los muslos, los riñones. Los huesos crujían. Atontado oía la voz gruesa, rabiosa, que lo amenazaba hasta descomponerlo.

—¡Te conozco, bestia podrida, te conozco muy bien! Ni se te ocurra acercarte a mi hija.

—Basta, Ulloa. No les voy a hacer...

—Claro que no le vas a hacer nada, mal parido. Porque te voy a matar. El pánico hizo que Jesús cometiera el error de golpear a Ulloa

—A mí no me levantás la mano, basura. Te di de comer, degenerado. — Jesús consiguió quedar a distancia, manotear un Tramontina del suelo, y ponerse en guardia.

—¿Degenerado yo? ¿Yo? El que le rompió las tripas al pibe del Correntino fuiste vos...

Ulloa se detuvo un segundo. Sus ojos, que no le perdían movida al cuchillo, enrojecieron. Embistió como un toro y de un golpe rápido le desnudó la mano, le pegó un topetazo que lo derribó al suelo. Puso de espaldas a Jesús, se le tiró encima, lo tomó de los pelos y le dijo:

—Animal de mierda, callate la boca, te dije que nunca más hables de eso. Y no te mato ahora mismo por lástima, retrasado, porque si no, te reviento y te tiro al río.

—Te voy a matar, Ulloa. Te las voy a devolver una por una —Ulloa tomó el cuchillo y cortó la parte trasera del pantalón. Jesús sintió el cuchillo arañando su piel. La saliva, que caía de la boca del viejo, le bañaba la cara—. ¡Soltame, te digo!

Sara, acostada en la habitación, llorando, intentó tapan los oídos de Malena para que no oyera los gritos de Jesús. Fue inútil.

Al rato, mientras calmaba el llanto de su hija, sintió pasos en la escalera. Tembló. El golpe en la puerta de calle le devolvió un poco de calma.

A la mañana siguiente Ulloa desayunaba en el bar de la estación de trenes. Los nudillos le ardían. La bronca no se le había pasado. La ginebra, de a poco, lo apaciguaba. No había dormido. Pensó toda la noche en Jesús, en Sara, en el hijo del Correntino. Se le acercó el mozo y, mientras le llenaba el vaso de nuevo, le dijo:

—Qué cara, Ulloa, ¿Qué anda pasando?

—Ando con quilombos, che.

—¿Laburo?

—Laburo, familia. El inútil de Jesús, anoche se pasó de vivo y me calenté de una manera que para qué te la voy a contar. Se manda una cagada tras otra, y además el mogólico se me hizo el guapo, se me hizo.

—Ah, sí. Esta mañana, bien temprano, pasó a manguear un café. Dijo que se rajaba a la mierda —Ulloa se extrañó, esperaba que no hubiera dicho demasiado—. Un desastre era. La ropa llena de sangre, le diste feo, ¿eh? Rengueaba. Dijo que se pudrió de vos, que siempre lo cagabas con la guita, que se hartó de bancar tu carácter de mierda.

—Mentira. Si yo le daba casa y comida —Le agarró la muñeca al mozo—. ¿O acaso me vas a decir que esa bestia se merecía algo más? ¿Qué más te dijo que le hice?

—Tranquilo, Ulloa. Que yo te cuento lo que dijo. Para mí lo bancaste demasiado, che. Encima de lo que le hizo a esa criatura. No contó nada más, tampoco es gil.

—Bueno, carajo. Que ese Correntino de mierda me debía flor de guita. Se mandó solito el enfermo, lo quería manejar amenazando al pibe... Cuando llego yo el Correntino estaba atado en el suelo con cables... Y Jesús arriba del pendejo. ¿Qué querías que hiciera?

—Nada, si yo no me meto. Pero ahí nomás tendrías que haberlo mandado a la mierda.

“El prestador” se quedó mirando por la ventana. Tratando de hacerse a la idea de que Jesús se hubiera ido y punto.

Pero las cosas traicioneras, como suele pasar en la vida, se fueron calmando y eso, para Ulloa, nunca era buena señal. Al contrario. Y “el Prestador” era un tipo que solía no equivocarse en el destino.

Tiempo después, su hija consiguió un trabajo gracias a su padre: limpiaba en una casa de putas, a unas cuadras de la pensión. La presencia de Malena fue ablandando al viejo. Le tomó cariño, comprendía ahora, a su edad, lo que le decían en el astillero cuando era más chico: “*uno por los hijos hace de todo, pero por los nietos mata*”. Y la nena, a todo esto, se sentía protegida por ese hombre enorme, que la llevaba a pasear, que, incluso, dentro de lo que ya funcionaba como familia normal, la llevaba a sus rondas de cobranza. El viejo pasaba con la nena a la casa de los “clientes”, tomaba unos mates, y de nuevo a la calle. Si alguno decía que no alcanzó a juntar la plata, Ulloa decía:

—Bueno, no hay problema. ¿Cuándo paso de nuevo?

—Y, pase la semana que viene, ¿puede ser?

—Sí, cómo no. Faltaba más.

Pero cuando se despedían, en la puerta, al descuido, decía:

—Bueno, paso la semana que viene entonces pero, ojo, que vengo sin la nena —Y los que pensaron que Malena lo había enternecido, de pronto vivían la sentencia de un tipo que jugaba sucio—. Trate de juntar la plata, ¿quiere? No sea cosa que me obligue a cobrarle como al Correntino.

Malena se sentía encantada, dentro de un entendimiento de cosas que ya comenzaban a parecerle típicas, dejando el hambre lejos, como un mal recuerdo. Yano les faltaba comida, ni pedía con su mamá en los trenes. Y cada vez que pasaban por una zapatillería, el viejo le decía que le iba a regalar una muñeca y un par de zapatillas violetas.

—Rojas, abuelo, me gustan las rojas.

—Pero ya tenés rojas, nena. ¿No querés unas violetas?

—No, rojas quiero.

Por la noche llegaba Sara, le mostraba a Ulloa la plata recibida, y el viejo lo iba anotando en un cuaderno.

—Ya que te doy la comida y el techo quiero controlarte el filo. No sea cosa que todavía te la patines como la última vez. Vas a aprender a ahorrar, nena.

Ni bien puedas te alquilás una piecita en la pensión del puerto. Esa es decente, no como esta mugre.

Sara, como expiación tal vez, se sometía. No se lo quería poner en contra al viejo. La cosa iba dentro de todo bien, aunque no estuviera juntando la cantidad de dinero que ella quería. Le había preguntado a la encargada de su trabajo si no podría hacer un par de clientes por noche, por un tiempo, para sumar. Pero la mujer le dijo que ni loca. Si se entera tu papá, me prende fuego el boliche, nena. Me dijo bien clarito: “Que limpie mierda sin guantes si es necesario. Pero de puta no labura. ¿Estamos?” Y lo que dice “el Prestador”, se hace.

A fines de febrero, Ulloa consiguió que un deudor influyente, un tal Vitalli, jugador y putaño interminable, inscribiera a la nena en la escuela n°2 de Tigre, a cambio de perdonarle una deuda grande.

—Pero no hay registros de la nena... tendría que empezar en primer grado, Ulloa.

—Fraguá los papeles.

—Pero eso me puede traer un quilombo enorme, querido.

Ulloa prendió un cigarrillo, lo miró fijo un rato, y le dijo:

—Te estoy perdonando mucha guita, amigo. Además, ¿vos sos abuelo?

—Sí, tengo dos nietos.

—¿De qué edad, viejo?

A Vitalli le dieron náuseas, sabía a qué venían las preguntas, en particular porque Ulloa sabía todo acerca de él.

—Pará, viejito... en serio te digo.

—¿Te enteraste lo que le pasó al hijo del Correntino? —Sí. Algunos dicen que Jesús lo...

—Como Jesús hay muchos. Pensalo. El día que empiecen las clases yo vengo con

mi nieta. Si no está anotada en tercer grado ni te preocupes en buscarme, ¿de acuerdo? Y tampoco te gastes en ofrecermela la guita que me debés.

En marzo, Malena Coria Ulloa, comenzó tercer grado.

Si bien la vida para Ulloa y su familia era agradable, dentro de lo que gente como Ulloa puede entender como felicidad, seguía pensando, cada tanto, alguna tarde, junto al puerto, en Jesús.

Hasta que una noche, Ulloa, soñó que lo enterraban vivo. Y sintió que Jesús estaba a la vuelta de la esquina, en su cuarto, en el colegio de la nena. Se arrepintió profundamente, con un enorme penar en el alma, de lo sucedido:

—Tendría que haberlo tirado en el matadero...

Ese mediodía, cuando regresaba del colegio con Malena, cumplió su promesa, como si acaso hubiera sido la última, y le compró un par de zapatillas rojas. La nena con una sonrisa que le robaba toda la cara no esperó ni un instante más. Tiró la mochila en un rincón, se puso las nuevas zapatillas y salió al patio a jugar. Ulloa iba a cocinar unos fideos cuando recordó que debía pasar por lo de un cliente. Faltaba un buen rato para que llegara Sara, lo cual era un problema, no quería llevar a la nena; si el tipo no tenía la cuota lo iba a tener que sacudir: era el segundo atraso. Llamó a Malena, que estaba

mirando hacia las habitaciones de arriba, y le explicó que debía salir un rato apenas, le preguntó si se animaba a quedarse sola. Malena dudó un instante y luego dijo que se animaba.

—Bueno, no le abrás a nadie, y quedate adentro haciendo la tarea. Ya vuelvo, nena.

El día estaba fresco. Caminaba más rápido de lo usual. La casa donde tenía que cobrar estaba a cinco o seis cuadras, en la villa. Iba deseando que no surgieran problemas, que le pagara enseguida, no le gustaba dejar sola a Malena. Llegó en cinco minutos a la casa de su cliente, un tal Vargas, un tipo al que le había prestado una buena suma. Llamó con las manos en un rancho, ladró un perro al oír las palmas y, en medio de la carrera, al ver a “el Prestador”, aulló de pánico. El

animal se orinó en el suelo. De atrás de la casilla salió Vargas, secándose las manos. Era un hombre menudo, delgado.

—Buenas, don Ulloa —se dirigió al perro—, cálese, bicho de mierda. — Y le pegó una patada, tras lo cual el animal aulló y se orinó de nuevo, haciéndose un bollo a sus pies.

—Buenas, Vargas. Lindo cagón su guardián.

—Una porquería, pero este me vino de regalo, era del finado hermano de mi mujer, ¿sabe? Usted lo conocía —hizo una pausa, se miraron a los ojos—, el Correntino. ¿Quiere pasar y tomar un vaso de vino?

—El Correntino... no conozco a nadie con ese nombre, che —Ulloa se hizo el desentendido. No quería prolongar la conversación—. Ando apurado, tengo a mi nieta sola, ¿sabés? Si tenés lo mío mejor, así me voy.

—Ah, la nenita, sí. El Jesús me contó que andaba con familia —La cara de Ulloa palideció, al mismo tiempo que el perro volvió a aullar—. Él me dijo que ustedes le habían dado duro al Correntino —dijo buscando en el bolsillo trasero de un pantalón mugroso—. Acá tiene lo suyo. —Y extendió la mano con unos billetes.

—¿Cuándo hablaste con Jesús? ¿Cuándo lo viste?

—Anoche —respondió Vargas, pensando que tendría que haberse callado —, me lo encontré en la esquina de la pensión. Yo no lo había reconocido, él solito me paró y me empezó a contar lo que usted hizo con el Correntino y su familia.

—¿Me estás queriendo decir algo, che? Lo arreglamos acá nomás, no hay ningún problema, yo no ando armado. —El viejo sudaba, ya se quería volver, el comentario acerca de Jesús no le había gustado nada, pero tampoco podía dejar que le hablen así nomás.

—Tranquilo, hombre. Si no le reclamo nada. Apenas le aviso que Jesús anda diciendo por todos lados que fue usted el que violó al hijo de mi cuñado, que volvió para vengarse.

—Agradecé que ando con poco tiempo, maricón de mierda —lo tomó de la camisa—. ¿Y qué más te dijo Jesús?

Vargas no pudo responder otra cosa que incoherencias. El miedo le impedía hablar. Ulloa le pegó unos cuantos golpes y lo revoleó contra la casilla.

Volvió a la carrera, pensando en darle a su hija la plata que faltaba y listo, acelerar la mudanza, total era un bien para su nieta, y que en cualquier momento le caía Jesús para matarlo, o algo peor. Apuró más el paso todavía.

Entró en la pensión y, detrás suyo, casi de inmediato, llegó Sara, con un andar cansino. En el patio silenciado, Ulloa tuvo un mareo que le hizo poner las manos en las rodillas. Sara se asustó, apuró el paso y se detuvo junto al viejo.

—Estás pálido, papá. ¿Qué te pasa?

Ulloa tenía un nudo en la garganta, no podía decir que había dejado la puerta, en ese momento abierta, cerrada. El silencio lo espantaba. Tomó valor y, mientras Sara preguntaba por Malena, entró a la pieza. Sólo encontró la mochila, en el mismo lugar. Con lágrimas en los ojos, salió de nuevo al patio, empujando a Sara.

—Por Dios, papá, ¿qué te pasa? ¿Dónde está Malena?

Ulloa se ahogaba, el aire le cortaba los pulmones, parecía no poder sacarlo de su cuerpo. Sintió en el corazón como una puñalada. Como un castigo, recordaba, en cada exhalación, al hijo del Correntino, las piernas con hilos de sangre, y los

latidos que le decían que su cuerpo se quedaba ahí nomás. Se persignó nombrando a Cristo. Sofocado, dijo:

—Jesús...

Desde la calle se escucharon los gritos lacerados de Ulloa, llenando el mediodía, cuando vio, en la mitad de la escalera, las zapatillas rojas, nuevitas de su nieta. La carrera hasta su casa, el miedo, terrible miedo que siempre presintió en sus deudos, parecía que había venido todo junto de pronto, en un instante, como una intolerable maza que lo sepultaba vivo.

Más arriba, junto a la puerta del cuarto que era de Jesús, estaba Malena, saltando la cuerda, riendo, sin preocuparse de los gritos, también cotidianos de su abuelo.

Mirando el rostro de Sara, Ulloa balbuceó:

—No me dejes ir vivo, nena...

Y ya no volvió a decir nada más.

# RELIGIOSIDAD

## I

El cielo cubre la ciudad con una tormenta que batalla entre nubes negras, torres de edificios y truenos. La lluvia trae los recuerdos de la miseria que, no hace mucho tiempo, llenó a Víctor de enajenación; de sin sentido.

Aquella vez yo bajaba de arreglar la conexión del cable en la terraza, empapado, y con la cabeza puesta en ideas sobre la soledad y la muerte. Pero el gordo Víctor me hizo salir de la melancolía a las trompadas.

El gordo baja la mirada y duda. Entonces lo veo medio mal, y lo invito a cenar en casa: no hace mucho que nos conocemos, del laburo; pero, entre dos, se zafa más el embole de ser nuevo en la ciudad para él, y para mí, no haber cosechado grandes amigos.

Paramos en mi departamento —vivo en el quinto piso— y mientras voy calentando en el horno unas empanadas que me quedaron del fin de semana, el gordo busca en la tele un partido de la Champions League. En la mesita ratona del living pongo un repasador como mantel, y después de servir unos vasos de moscato empezamos a sacarle el cuero a los españoles pecho frío que no juegan con la garra “sudaca”. Hubiese jurado que el gordo la pasaba bien y todo.

A eso de las doce me dice que se va a dormir, que va a descocer el colchón porque está fisura. Pero en la puerta nos quedamos charlando del bodrio que fue ver al Barcelona.

—Estos catalanes... —le digo entre un bostezo.

—Tantos jugadores, tanta guita... —me sigue el gordo.

—Y al fin... son unos muertos.

Hace un ademán de despedida, y enfila para la escalera. De golpe se da vuelta como si le gustara asustar, y lo cierto es que su pregunta me toma por sorpresa:

—¿Vos conocés a alguno de acá?

—¿De acá de dónde, Víctor?

—De acá —dice, extendiendo los brazos y mirando a su alrededor—, de acá de los departamentos. ¿De dónde va a ser?

Yo vivo en el edificio hace un poco más que Víctor, y él no hace ni un mes,

desde que llegó de Cipolletti, en el noveno. Fue una pegada de la fábrica que nos ubicaran con un viejito que te alquila departamentos sin garantía; si no... Hasta el día del arquero dormíamos en una pensión.

—¿Y? —Insiste el gordo—. ¿Conocés o no conocés?

—Y... conozco al administrador. Al petiso del 4to., y pará de contar.

—Hummm... —meneó la cabeza—. Yo hablo con la piba esta, la Blanquita. Bah, “hablo” es un decir: el otro día le dije “Buenas”, y ella me devolvió el saludo.

—¿Y eso fue todo?

El gordo se calla, y me da la impresión de que se avergüenza, que no sabe cómo seguir la charla.

—¿Escuchás? —dice, con el dedo apuntando más allá del pasillo, como quien presta toda la atención a un ruido lejano.

En cuanto a mí, hago una fuerza de la gran puta por escuchar, por complacerlo. Y entonces, bien al fondo, me parece percibir un zumbido como de tren o heladera que arranca.

—¿La verdad la verdad? —le digo—. Más que un zumbidito apenas, yo no escucho un soto.

—Eso mismo.

—¿Eso mismo? ¿Cómo “eso mismo”?

El gordo parece dudar:

—Es que a veces me dan unas ganas de escuchar algo en el barrio, algo que se distinga en toda la soledad de la cuadra. Aunque sea un perro toreando...

Me lo quedo mirando un rato, pero no se me ocurre qué contestarle. Hasta que al fin salgo con una burrada:

—Che, Víctor... ¿Y si te comprás una radio?

No se esperaba esa respuesta. Callado, para mí que se queda pensando si lo estoy jodiendo, o si yo soy así de salame nomás.

—Buenas noches —dice, y pega media vuelta.

—¿Nos vemos mañana? —le pregunto para tantear si se calentó mucho...

Y la voz del gordo se pierde por el edificio: —Y qué remedio queda, Turco.

Me meto en el departamento, y puedo oír hasta que el último paso desaparece en el eco de

la escalera. Escucho la llave dar vueltas en la cerradura para entrar, la puerta que se cierra y no vuelve a echar llave. Venciendo un escalofrío, me siento en el piso, prendo un pucho y trato de ordenar la charla que tuve con el gordo, o las ideas que se me iban cruzando en el ascensor antes de encontrármelo. ¿De qué hablamos realmente? Algunos pensamientos me complican... soy muy lento.

## II

Fue una caída larga y silenciosa la del loco este.

Todo empezó —o siguió, mejor dicho— una tarde de domingo que nos ganamos en un sorteo de la fábrica entradas para ir a la Bombonera. Boca empata con Independiente y se le escapa el campeonato. A mí, que soy hinchado de la Comisión de Comodoro Rivadavia, me importa un pito. Lo que rescato es lo linda que se ve la cancha esa llena; ni me quiero imaginar la fiesta que hubiera sido si ganaban. A la vuelta para el departamento, en el 152, me banqué la cara de traste del que te jedi.

—Che, ¿querés que nos tomemos unos mates o algo? —le digo para ver si lo rescataba un poco de la depre galopante.

—Bueno, Turco... —dice, forzando una sonrisa— venite a casa si querés. No sé si tengo algo para comer.

—Está bien, de últimas nos chupamos unos vin... —Y ni termino la frase, que el gordo ya está mirando por la ventana, hundido en un mundo lejano a nosotros.

Me di cuenta de que éramos extraños, cada uno en su propio pensamiento.

Al final, cuando entramos al departamento de Víctor, termino sintiéndome igual que él. Una carga de bronca crece en mi pecho. Abro un poco la ventana del living para que se vaya el olor a encierro, y no puedo dejar de notar que, extrañamente, el lugar se mantiene limpio. El empapelado café cubre de locura toda la habitación que vendría a funcionar de living, comedor y dormitorio. La televisión del gordo sobre unos cajones de madera, un sillón de caña de cuerpo y medio, un modular chiquito con una puerta rota y un colchón es todo el mobiliario. Mientras voy rejuntando remeras y vasos, él apenas curioseá qué ando

haciendo. No hablamos, lo noto medio cabreado. Sirve un whisky y se sienta frente a la televisión.

—Fíjate si hay hielo... —dice esforzado y con desinterés, buscando el control remoto debajo del sillón—. O, si querés, creo que hay vino...—Hasta que grita—: ¡Ahí estás, carajo!

Empieza a pasar los canales y... nada. Encima eso. La pantalla gris, sin volumen, pura lluvia y algún que otro fantasma de programa berreta. Conclusión: al gordo le cortaron el cable.

Salgo de la cocina y lo veo colorado, con una mano en la frente y la otra en la cintura. Me siente caminar hacia él y se pone nervioso.

—Che —le digo—, mejor pedimos algo para comer, ¿eh? Si no, es mucho bardo. Mañana nos tenemos que levantar temprano, ¿viste?

—Bueh, dale... —y quiere incorporarse, pero no deja de mirar la tele con una cara de amargura—. Aunque esperá que me fijo en la cocina —dice, levantándose por fin—, creo que hay una lata de algo por ahí.

Me quedo mirando la pantalla muerta de la tele. Y me lo malicio al gordo en la madrugada, encallado en el sillón como si algo lo chupase, tomando y tomando whisky y viendo la lluvia del televisor.

La luz de la luna rebota en la puerta sana del modular negro.

Y no hay ni un ruido.

Nada.

Ni un tango.

Sólo el silencio. El silencio y nosotros iluminados por la lluvia de la tele.

Agarro y le digo:

—¿Es por lo del cable que estás así? —Así cómo.

—No te chivés, hermano: el martes cobrás. Y te enganchás de vuelta, vas a ver. —Sí. El martes. El martes cobro.

Ni bola: dice eso para no mandarme a la mismísima mierda.

—Morfi —agrega de pronto. Y, en medio de la oscuridad, a los tumbos, va a la cocina.

Revisa en un par de alacenas, incluso en el horno... y no encuentra nada para comer. Sólo le queda la luz amarilla que largan las heladeras vacías. Esa palidez enferma y amarga de la humedad, del abandono. Él lo sabe: ese tono a desidia contamina el departamento sin que sea necesario verlo en las paredes, el color se respira en cada habitación—. No hay con qué darle, Turco —me dice, apoyándose en el marco de la puerta—, algo se tiene que romper...

No se aguanta más así... todo callado... vacío. No sé si me entendés. —Se pone la mano en la barba, y repite—: No hay con qué darle, Turco: el vacío parece una neblina invisible que les saca ruido a las cosas, que les saca brillo.

—Bueno, che, pero vos tampoco hacés algo para salir.

—¿Para salir adónde? —me pregunta, desconfiado.

—Para salir adelante, digo. ¿Por qué no limpiás un poco, por ejemplo?

Hago una pausa y veo, bajando paralelo al borde de la estantería, una araña que avanza lenta y segura sobre su tela, para darle fin al enredado combate de un mosquito contra la muerte. Entonces le señalo al bicho:

—Mirá esa tela —le digo—, viene con inquilinos y todo. Pasale un trapo y dejate de joder, gordo. Lavá los vasos que usás, juntá la ropa del piso y vas a ver cómo te cambia el panorama.

Pero Víctor ya no me escucha: tiene la atención fija en cómo, de un movimiento veloz, la vida y la muerte se convulsionan en los dos insectos, debatiéndose en esa imagen gris.

Reflejo de una angustia extraña que le llega —nos llega— de esa escena mortal, Víctor sale de su silencio hipnótico

—Te juro, Turco, que anoche y antes de anoche y antes de antes de anoche, pasé un trapo y saqué la tela. Pero no hay caso... —La voz le sale densa, desde bien adentro de las tripas, y viendo a la araña dice—. Todas las tardes cuando vuelvo del laburo, la encuentro ahí de nuevo. Parece que me esperara y todo.

Entonces me mira a mí. Intento decir algo que le saque un poco de la confusión que lo tiene lejano. Me dan ganas de preguntarle si se hizo ver, hablarle de Dios, a lo mejor... Pero cuando uno se mete a boconear de cosas que tampoco juna mucho la termina embarrando peor. Me hago el sota y me voy al mazo. El gordo, de un manotazo, barre a la tela y a la araña, cerrando la conversación.

Comemos unos duraznos de lata más desabridos que la mierda, con la tele como testigo mogólico, y sin escuchar un puto ruido en la calle, en el edificio mismo.

Antes de la medianoche estoy de vuelta en mi casa, dándome una ducha, para sacarme esa depresión gris y amarillenta que siento pegada en la piel.

### III

Luego de esa noche, habrán pasado como cinco o seis días que no tuve noticias de él. Ni al laburo fue. Ni siquiera vino aquél martes, y eso que cobramos la quincena.

Un mediodía, a la hora del almuerzo, el gallego González, jefe de depósito, me tira la bronca por unos pedidos que no despaché a tiempo. Antes de que se le termine de pasar el revire me dice:

—¡Ah, me olvidaba! Decile a tu amigo que se deje de joder, que no le corresponden más días por licencia porque no está efectivo. Aunque traiga diez certificados méd...—La clásica tos de perro lo interrumpe. Cuando le pasa un poco, prende un pucho y sigue— Avisale que si no viene mañana va a parar a Pampa y la vía. ¿Estamos?

Me dan ganas de decirle que un carajo amigo mío, que lo conozco de pedo y que no me meta en quilombos. Lo miro fijo, con unas ganas de putearlo de

arriba abajo; él, espera que lo haga. Me controlo y le digo, indiferente:

—Hoy a la noche le aviso, Gaita —escupo a un costado— quedate tranquilo. No vayás a llamarlo vos, ¿eh? A ver si todavía se te cae un pulmón.

Acerca su cara hasta la mía, puedo oler su pestilencia de nicotina y enfermedad, me pone el dedo índice en el pecho, y me contesta:

—Seguí jodiendo, Turco. Seguí jodiendo que no vas a conseguir otro trabajo en tu puta vida, y el pelotudo ese va a volver al interior con la misma compañía que trajo: hambre y piojos. Salvo que te lleve a vos, claro.

No le vuelo los dientes de un castañazo porque me rajan sin pagarme un mango. Me da la espalda y se las toma. Me quedo callado para que no se arme tole tole. El resto del día continúa normal: no hablo con nadie.

Vuelvo a casa, amargadísimo. Me tomo unos mates escuchando las noticias y la vespertina —sigo sin ligar nada, puta madre. No puedo sacarme del pecho ese atore que a uno le agarra cuando tiene ganas de largar todo y empezar una vida nueva, con otra gente, con otra suerte.

Cuando se hacen las siete y media, subo hasta el departamento de Víctor, pensando en cada descanso de la escalera qué decirle cuando lo vea, cómo encararlo.

Antes de golpear, me quedo un toque en el palier, hablando conmigo mismo y tratando de juntar el coraje que me faltó para ir a visitarlo antes, para compartir aunque sea una copita, una puteada por la mala leche de estar solos. En un punto me siento culpable porque yo también pienso en la soledad y las arañas y la mar en coche, también me siento solo, carajo.

Amurado contra la pared percibo, desde el resquicio de la puerta, la amargura saliendo del departamento de Víctor y digo:

—Pobres diablos somos...— Mientras toco timbre.

Espero. No pasa nada, parece que no hay nadie; pero ese departamento siempre da esa sensación.

Golpeo la puerta, se escuchan unos pies arrastrándose y al fin abre.

Está chivudo y detrás de él, en el piso, hay cadáveres de botellas por todos lados.

Es un fantasma.

—¿Qué hacés, Turco?— Me saluda con mezcla de sorpresa y algo que no sé si llamar alegría

—Bien, gordo, bah, más o menos— siempre me parece que si estoy incómodo se me nota a la legua, entonces meto la mano en la camisa para despistar un poco y saco los puchos— ¿Querés un faso? —Agarra uno— ¿Puedo pasar? El Gallego me pidió que te avisara algo.

El poco confort que tenía en la cara desaparece ni bien le nombro al Gallego. Asiente con la cabeza, se da media vuelta, entra sin cerrar la puerta y va directo a sentarse, al lado de la ventana de la cocina, mirando para afuera. Entro, me apoyo en la heladera y, de vuelta, digo una burrada:

—¿Viste anoche el partidazo del Inter?

—No, Turco. ¿No te acordás que no tengo cable?— Me responde... con una paciencia. —Uh, qué boludo, tenés razón. —Me pongo colorado— Perdoná, che. Lo que pasa es que

hablé con González, me dijo que te avisara que si faltás de nuevo te van a rajar a la mierda. Y me cae como el culo tener que venir a pasarte la prepotada del otro. ¿Qué tenés que no vas?

Ya del todo molesto me contesta:

—Depresión, punto. Decile a ese tuberculoso hijo de puta que si mañana no

voy, que haga lo que quiera, tengo el comprobante del médico con veinte días. Si me rajan les armo un quilombo de padre y señor mío. Gracias igual, Turco.

—Sí, Víctor, pero mirá que estás temporario, si no te los justifica el médico laboral te declaran no apto y cagaste, ¿eh?

Mira el techo, bufando, y repite

—Gracias igual, Turco. —Y de nuevo a ver por la ventana.

Me callo para evitar una pelea, no me da ni pelota. ¿Cómo carajo le hablas a alguien que no escucha ni el ruido que hace su alma? Me quedo parado un rato, viendo la mugre en la que vive y se me hace un nudo en la garganta, prendo un faso y tiro el paquete sobre la mesa de la cocina.

—¿No tenés nada para tomar?—Digo

—¿Querés vino?

—Dale.

Se levanta de la silla y, como si cada movimiento le diera un agotamiento infinito, su cuerpo oscurecido a causa de algo que no puedo explicar, agarra un vaso de la mesada, me lo pone en la mano y se va hasta el living.

Mientras busco un cenicero, me da por buscar la araña: la encuentro enseguida, ahí andaba la muy puta, en el mismo lugar. Vuelve Víctor del living con una botella en la mano, otra en el sobaco y me engancha justo con el cogote estirado y dice:

—¿Viste, Turco? Sigue firme la turra esa. Ya no la jodo más barriendo todas las mañanas la casita; total al otro día la vuelve a armar.

—Pero cómo se te juntan las arañas, loco...—Me clava la mirada, me hago el gil y sigo hablando—. Tendrás un nido por ahí. Es igual a la otra, ¿o no?

—Y no sé... Será otra, o estamos los *dos* medio locos...

Me quedo mudo, viendo cómo llena los vasos con los culos de botella. Deja los envases en la mesada, me mira con los ojos vidriosos y dice:

—¿Estamos locos, Turco? Salud.

De un saque me bajo medio vaso. El vino está agrio, caliente. Cuando le voy a dar el segundo trago, choco los dientes con el vidrio y grito:

—¡ME CAGO EN DIOS! —Y el loco este que me sigue mirando, como buscando la puerta de mi alma, de mi respiración. Hasta que dice:

—Turco, ¿y cuando ni siquiera te queda religiosidad en la vida? O sea: si yo no encuentro nada, ni dios en el cielo, ni ruido en mi casa, ni mina, ni pibes; González que me raja y yo largo todo y me muero... —Lo corto y medio gritándole le digo:

—Pará, hermano, ¿de qué me estás hablando? —Y ahí nomás sigue, como si nada, cada vez más abstraído.

—... y me muero y caigo en un lugar donde todo es igual. Ponele que es un lugar así, como este edificio. Igual, sin ruidos, sin nada. Y entro y te veo a vos y al petiso del 4º y a la Blanquita, la araña, el silencio. ¿Qué pasa, eh? Fijate que el cielo sea así. Con un San Pedro que te abre la puerta, seguro que con la camiseta de Chacarita, ¿no? Digo, porque la Recoleta no tiene club de fútbol. Y me hace llenar los papeles y me da un arpa, y después me dice :“Por no haber roto ni la soledad, ni el silencio, a la nube veintidós, tenés que tocar la Marcha de la Alegría —Entonces vuelve a hacer silencio y con los ojos medio húmedos dice— Y yo ahí, que la cago con el arpa y... no sale música... porque la veintidós es la de los locos, y el Barba que me busca y me pone un shot en el orto...

Me corre un frío por la espalda, como un murmullo. En la cabeza me da vueltas la araña, el arpa, Dios, y necesito todo eso para entender que estamos todos igual. Todos silenciados por desinterés en el otro... Sin que importe otra

cosa que lo que dice la televisión, la gente, que todo se repite sin sentido, incluso la religiosidad de la que habla Víctor.

Nos quedamos callados, más tristes que cantor de tangos borracho. Mirádonos las jetas hasta que, como si sintiera un llamado, el gordo que va, se desparrama en el sillón, prende la tele y otra vez la lluvia esa... No me lo banco y me las tomo enseguida.

Cuando voy saliendo me grita:

—¡Turco! No te olvidés los fasos, ¿eh?

—Dejá, quedátelos, yo mañana compro.

—No, no, llevátelos. A mi esos mucho no me gustan, che.

La puta que te parió, pienso, no me quiero quedar un minuto más. Entro a la cocina y no puedo dejar de ver hacia el rincón de la araña.

Entonces pasa.

Veo que la tela está medio rota y un hilito que sigue hasta la mesada. Parece muerta.

Tiene las patas cerradas. Debe estar muerta.

En eso levanto la mirada y veo a un pobre mosco que revolotea tratando de salir, dándose el balero una y otra vez contra la mugre de la ventana.

El bicho es un moscardón grande, que golpea y golpea.

No escucho nada.

No escucho el ruido del moscardón golpeando contra el vidrio.

Me meto el meñique en la oreja y digo:

—¿Tendré un tapón de cera, la puta madre...? —Cuando agarro el paquete de puchos, y veo la canilla, mal cerrada, goteando sobre una cacerola... la gota tampoco hace ruido.

Me doy vuelta, julepeado, y me lo encuentro a Víctor. Como que quiere decirme algo con la mirada, pero no puede. O no sabe qué. Yo sólo pienso en borrarle, le digo:

—Bueno, me voy. —Andá, Turco. Cuidate. —Sí... hablamos.

De un raje llego a mi casa, entro, cierro con llave y me quedo apoyado, un instante, contra la puerta.

Me acuesto derecho viejo, tratando de pensar en nada y de dormirme enseguida; pero no puedo.

Me manejo toda la noche; fumo un faso tras otro; pienso que el loco este tiene razón, que todo es igual. Somos la misma cara de nada entre una masa de personas que se fanatizan con la nada. Tengo en la mente la palabra “religiosidad” y se me viene la idea de algo que te da humedad, calando los huesos, que vive en el aire, no en el alma. Que te deja solo, con la mirada aburrida, con el misterio de un cielo y un castigo.

No entiendo nada.

El silencio me hace apretar los dientes. Pienso en levantarme a abrir una canilla, pero el sólo imaginar lo que puede ocurrir si no hace ruido me deja clavado a la cama. Entonces pienso que lo que dijo Víctor es al revés, en lugar del Cielo, lo que nos pasa en lugares así, es como estar en el infierno. Le doy vuelta a la idea una y otra vez, hasta que al fin consigo dormir unas horitas.

Al otro día, me alegro un poco cuando la bombilla del mate hace ruido. Me relajo. Voy al laburo. Ni bien llego una de las pibas de personal me avisa que a Víctor lo rajaron. No me sorprende, el Gallego es uno de esos hijos de puta que cumple lo que dice. Mierda.

Cuando salgo del yugo, se me ocurre ir a lo de Víctor. Pero en la entrada del edificio, las llaves se me caen y golpean contra el felpudo. El sonido fue tan opaco que termino de darme cuenta de que no quiero hablar con él. O,

mejor dicho, no me animo

#### IV

Más o menos a la semana, el gordo pasa por el laburo a cobrar la liquidación, y va hasta el depósito a saludarme:

—¡Turquesa! —lo noto de buen ánimo, saludable, pero con un aura extraña  
— Mañana me rajo para el pago, loco. Mirá. —Saca un pasaje del bolsillo del pantalón y lo agita en el aire— Vuelvo para Cipolletti, a la noche sale el micro.

—Bueno, por un lado me alegro, che

—Alegrate por todos lados, Turco, no me aguantaba más. Vos viste que no andaba nada bien —se le nota en la voz que no tiene resentimientos.

—Y... más o menos. —Me pongo rojo como un tomate

—Hacé una cosa —dice mientras me señala con el dedo, cambiando de tema—: hoy, cuando salís de acá, te vas derecho al barrio, te duchás y subís a casa a morfar unas empanaditas y vemos la tele, creo que dan un partidazo del Milán.

—Pero, ¿y el cable? ¿Me vas a decir que garpaste justo antes de irte?

—No, che, ¿por quién me tomaste? ¿Por alguien honrado? Ahora llego, subo a la terraza, hago una conexión trucha y listo el pollo. ¿Te prendés?

—Bueno, dale —digo acoplándome al entusiasmo, pero con cierto recelo en la voz—, yo llevo unas cervecitas y brindamos por tu viaje... aunque me agarrás así tan de prepo que no sé qué decirte...

—Dale, gil, ponele onda. —El tono era tan alegre que hasta me dan ganas de abrazarlo— ¿Vas a decir que me vas a extrañar? Si no podés vivir sin mí, en las vacaciones te venís para el sur.

—No me lo digás dos veces

—Bueno, a la noche hablamos bien. —Me guiña un ojo, se me queda mirando fijo, como siempre y repite—: A la noche nos vemos y hablamos. Chau, Turquito— Y se va silbando una canción, creo que es la marcha de la alegría, o algo así.

Mientras lo veo hundirse con la lejanía de las calles, un frío húmedo vuelve a inundarme el pecho, la garganta. Algunas cosas dan la sensación de que no pueden cambiar. No sé. Tal vez ambos supiéramos todo lo demás.

Cuando son las cinco en punto, le hago caso al pie de la letra: me voy a casa, me ducho y, mientras me cambio, escucho en la radio unos tangazos cantados por Edmundo Rivero que me quieren arrancar lagrimones. Salgo al palier y, donde aquella noche charlé con Víctor, los dedos fríos de un viento fantasmal me recorren la espalda. Es algo estancado en ese pedazo del edificio o en mis recuerdos.

Empiezo a subir despacito por la escalera con una botella de cerveza bajo el brazo y un murmullo extraño en el balero. Me da por silbar la misma melodía que Víctor antes de irse del laburo.

Llego al noveno con una agitación en el pecho que me ahoga. Le toco un timbrazo y espero. No pasa nada.

Golpeo y nada.

Presiento algo fullero.

En eso, escucho un barullo fenomenal desde el estacionamiento, en la planta baja. Me asomo y, lo que nunca, veo al inquilinato a pleno. Las minas

parloteando, unos tipos moviendo los brazos haciendo señas a dos que entran vestidos de verde, con una camilla.

Bajo por la escalera de un pique. Cuando voy llegando, el portero me frena y dice:

—¿Usted lo conocía, no?

—¿A quién?—pregunto aunque ya imagino la respuesta— ¿Qué pasó, jefe?  
—Es el del 9º “A”, ¿Andrés era?

—Víctor se llama, Víctor

—¡Ese! —dice excitado por confirmar sus presunciones— Víctor, claro, parece que subió a meter mano en “alguna conexión” —usa un tono irónico—, y se enmarañó con los cables —lo cuenta sin quitar la vista de los enfermeros—. Calculamos que no pudo

moveirse porque estaba metido adentro de la caja de electricidad; se patinó, cayó desde la terraza y... bueno, usted lo ve.

De inmediato se acerca la Blanquita, que comienza a hablar. Me es imposible entenderla. —No puede ser...—digo, tratando de ahogar la angustia más pesada que recuerde en toda

mi vida. El portero me toca el hombro, me busca charla

—Quedó reventado, pobre... debería ser buen pibe. —me mira— Era del interior, ¿no? —No puedo creer lo que ocurre.

—¿Iba a viajar, no?— Pregunta Blanquita y me saca de mis pensamientos— Escuché que tenía un pasaje de micro... ¿usted sabe si iba a viajar?

Miro hacia donde levantan el cuerpo, y le veo la cara al gordo, tiene los ojos abiertos, más expresivos que nunca. Le queda una mueca grabada, quizá una sonrisa, no lo sé. Se lo llevan en una bolsa negra.

El portero sigue hablando con Blanquita, le cuenta que lo empezaron a llamar de todo el edificio para avisarle que el cable se había cortado, que lo jodieron tanto que decidió subir a ver qué pasaba. Entonces, desde arriba, vio el cuerpo de Víctor, como una hormiguita aplastada en soledad.

—Lo que son las cosas de la vida, ¿no?—dice.

—Es así don Roque —Asiente Blanquita— Yo nunca lo había visto al pobre muchacho ese. ¿Estaría borracho?

—Y... Es probable.

Ambos me miran para hacerme parte de la morbosa fabulación. Me miran para tratar de esquivar los brazos de la soledad que nos quiere agarrar día a día (esos brazos que siento tan encima). Somos como el mosquito luchando con la araña, sin otra salida que combatir el miedo a quedar solos.

No fui capaz de pronunciar palabra. Por mucho tiempo.

\*

Ahora, en la terraza, mirando la bastarda inmensidad de Buenos Aires, pienso en Víctor y en cómo no supo hacer equilibrio con tanta tristeza en las manos.

Me lo imagino en esa nube oscura que trae lluvia a la ciudad.

Seguro que el gordo sabe que, una noche, una araña apareció en mi departamento y hasta hoy se quedó tejiendo telas de cruel soledad.

—¿Cómo habrá salido el Inter? —Pregunto a nadie, a todos, al cielo

mismo. Una lágrima me cruza la cara.

Sin mucho esfuerzo, rompo la caja de conexiones del video cable, y las arranco una por

una. Escucho las quejas apagadas que van creciendo poco a poco, los lamentos por la muerte de la televisión.

Pienso que el cielo no es como lo imaginaba el gordo: alto, húmedo, todo igual, como el edificio; donde nunca pasa algo, no porque no ocurra nada, si no porque a nadie le importa.

Está empezando a llover, sigo escuchando las puteadas, y pienso en Víctor.

## Cosas de pibes

*“Caen, caen al fin, caen los disfraces  
caen desnudándose mientras unos fantasmas,  
fieles amigos  
ríen de vos y se roban tu fe.”*

*Rock yugular - Patricio Rey y sus Redonditos de Ricota*

Por primera y última vez, como una bendición del mismísimo demonio, entraron dos chicas a nuestro curso, la división “B” del tercer año del industrial de San Fernando —el de peor conducta en todo el colegio.

De una de ellas apenas recuerdo que era fea, gorda, e inteligente. De la otra, Victoria López, o Vicky, recuerdo todo.

Pero la mañana que le conté a Pobirsky que Vicky me volvía loco, cierto rubor en su cara me dejó claro que no tendría reparos en omitir lo que yo sentía por ella. Recuerdo a la perfección su mirada, y recuerdo la especial excitación que lo ganó en el momento que comenzamos con nuestra cotidiana tarea de magullar a golpes al gordo marica de Lembo. Pobre pibe. Era el que siempre la ligaba porque el pelito rojizo y sus pecas de muñequito de torta ameritaban un castigo de orden Divino.

Esa misma tarde, a la salida del colegio, me decidí a invitarla a tomar algo el sábado a la noche, en el bar “Pequeña Ala”, que quedaba sobre la costa de Tigre. Cuando dijo que sí, no pude sentirme feliz, ni contento. Sé que aceptó por compromiso, para no decirme ahí nomás “no, no quiero, me aburrís, infra dotado”.

Estuve a la espera de una cancelación todos los días. Al fin, cinco minutos antes de que finalizara la última hora del viernes, me dijo que no era seguro que pudiera salir, porque tenía que ir a visitar a no sé quién. Apenas le sonreí con una tristeza tan evidente como violenta, le rocé una mejilla con mis labios, y callé todas las palabras que se agolparon en mi garganta.

En esos días no creí, así como tampoco lo creo hoy, que le haya importado ir al mismo lugar donde la invité, con Pobirsky, y quedarse toda la puta noche, a los besos, a los abrazos. Mientras me emborrachaba, trataba de entender qué diablos se moría en mi pecho, en mí. Hoy entiendo que era algo que sólo se tiene de adolescente, que hace la diferencia entre un muchacho y un hombre. Esa madrugada tuvieron que llevarme entre un par hasta la parada del colectivo. Y luego de vomitar contra una palmera, debo haber hablado

demasiado, porque el lunes, desde la primera hora, me cargaron. Algún desgraciado pintó con marcador en mi pupitre “Pobirsky se la mete a Vicky”. Los miré a todos, uno a uno, sin expresión en la cara, sin temor ni otra cosa en la cabeza, más que confusión. Pero me banqué todas y cada una de sus palabras. No intenté defenderme.

Al rato todos perdieron el interés en seguir con una gastada que no repercutía en nadie, y yo intenté alejar mi mente del resentimiento a Pobirsky.

Desde esa noche pasó todo tan rápido, que casi no pude manejarlo de otra manera.

Cuando el viejo Marchetta, el profesor de laboratorio electrónico, nos explicó, como obligado por lo elemental y rudimentario del asunto, cómo se construye una picana casera, presentí que podría vengarme del Polaco mugriento.

—Entonces ustedes —decía el profesor, pensando en otra cosa, sin sacar la mirada de encima de la gorda—, si sacan la resistencia de un televisor, le reducen el amperaje a una batería y la conectan, consiguen un generador chico, pero violento, de electricidad. Que

solíamos llamar “picanita”. A ver Lembo, pase al frente y desmonte la potencia de esta batería.

Hubo unos murmullos en el fondo del taller. Vicky se dio vuelta como para vigilar a Pobirsky, o para defender al marica. Uno le preguntó qué mierda miraba. Ella respondió algo típico de mina con aires de superada, no sé qué idiotez, pero nadie le dio pelota, porque los chicos hablaban de lo bueno que estaría hacer la “picanita”. Pobres brutos, se emocionaban con cualquier gansada, y yo no iba a dejar pasar la oportunidad.

Llegó el recreo, y me fui al baño a fumar un cigarrillo, a ver cómo venía la mano. Ni bien entro, lo oigo a Pobirsky diciendo que tenía en la casa un televisor que no funcionaba, que podíamos ir y armar una picanita.

—Son unos nabos —dije mientras prendía un negro—, mi primo me regaló una el año pasado. Habría que armarse con un par y romperle las bolas a alguien.

—Ah, bueno —dijo el Polaco, envalentonado porque sentía apoyo del resto—, en algo tenés que llegar primero. Felicitaciones.

Me callé mientras masticaba la bronca porque tenía una idea mucho más cínica que darle los dientes contra un mingitorio. Por eso no les presté atención a los que se me reían en la cara. Le di una chupada fuerte al cigarrillo, lo tiré al piso, y dije:

—Si son tan machitos, cada uno se consigue una picana, la traemos al colegio, y lo agarramos al maricón de Lembo.

—Al pedo, boludo —dijo Pobirsky, temiendo un quilombo descomunal—. Nos vamos a meter en un bardo gigante, si el maricón buchonea, nos pueden rajar a la mierda.

—A vos ponerte de novio te hace buen pibe, Polaco —hice una pausa para dejar que sufriera con las risas de los chicos—. Claro, como ahora tu novia es amiga del troló, vos tenés que hacer buena letra, ¿no?

—Buena letra las pelotas. Si querés la traemos mañana mismo y le damos acá nomás en el baño.

Uno de los pibes dijo:

—No sean cagadores. Aguantemos al lunes, que seguro Marchetta no viene y lo agarramos en el aula. Así nos divertimos todos y de paso lo verdugueamos para que no nos mande al frente.

—Por mí, está todo bien —dije—. Pero si es por cagador, arreglate con el Polaco. —Che, idiota—me apuró el Polaco—, que yo no tengo la culpa de que

a Vicky no le gusten los retrasados.

—Claro, campeón, no te hagas drama. No soy rencoroso. Las minas como esa van y vienen.

Me clavó la mirada, cabreado, estaba a punto de decirme algo, pero prefirió no demostrar tan abiertamente su “amor” por Vicky. Sonó el timbre, salimos del baño, y cuando volvimos al aula, algunos, al pasar le dijeron al maricón:

—Ponete las pilas o te las ponemos nosotros.

Lembo transpiró y se relajó recién cuando todos nos sentamos y nadie le hizo nada.

Nosotros, en realidad, presentimos un quilombo enorme pero necesario.

Durante el resto de la semana, los muy bestias no hicieron otra cosa que comentar los resultados de las utilidades del artefacto armado. Unos de los chicos, Romedietti, hijo de profesores de biología, nos contó que dio un golpe eléctrico en una pecera, y que el pescadito, cada vez que recibía la descarga, giraba sobre sí mismo, para luego salir disparado hacia la superficie. Y que le dio sin asco hasta que lo mató. No contento con eso,

decidió regular la potencia y probar con un animalito más “interesante”. Entonces le dio choques a la cría de la gata que tenía la hermana. Incrementó la potencia hasta que los cachorros se meaban encima. Nos contaba lo bueno que estaba ver cómo se atontaban con el primer impacto, quedando con los ojos entreabiertos, sin reacción, hasta que los desmayaba.

Puedo decir que se relamían al imaginar la paliza eléctrica a Lembo, las marcas para dejarle. No dejaban de decirme que era un capo, al tener la mejor ocurrencia en nuestras vidas.

Y yo que apenas les decía: “Señores, esto recién comienza” Pobirsky se sonreía, entre irónico y desconfiado.

El lunes, el día señalado para reventarlo a Lembo, cuando llegué al colegio me di cuenta de que había olvidado la picanita: no me quedaba otra que volver a casa a buscarla. Si llegaba a decir que me la había olvidado, los otros guachos eran capaces de masacrarme junto con Lembo. Y ni hablar de lo bien que le hubiera venido a Pobirsky para hundirme.

Agotado del viaje ida y vuelta, tranquilo, con paso lento y firme, entré al aula. Cuarenta minutos tarde.

Los pibes del fondo se pusieron a chiflar y aplaudir.

Todos los animales excitados.

Me senté en el fondo, y mientras sacaba las carpetas, me fueron contando, a murmullos, que Pobirsky se la pasó diciendo que si yo no venía, era porque me había comido los mocos, que mejor frenar con la joda.

—¿Y ustedes qué carajo le respondieron al cagón? —Pregunté exaltado.

—Le dijimos que si no venías y seguía con eso de frenar, hoy cobraban Lembo, él, y a la salida te íbamos a buscar a tu casa —lo miré sorprendido, y continuó—. ¿Qué te pasa? ¿No harías lo mismo si yo arrugo?

—Obvio que sí, Romediatti —y forzando una carcajada, agregué—, no esperaba menos de vos.

Al término del primer módulo de horas, en el baño, contamos cuántos habíamos llevado la picanita.

Siete.

Siete desgraciados armados con esas mierdas de cosas, dispuestos a divertirnos con Lembo.

Romediatti contó que para conseguir una buena sesión de “masajes eléctricos”, se puso a leer un libro de anatomía, y que los lugares para pegar sucesivos golpes con efecto eran el cuello, la nuca, y por encima de la ropa, el

estómago. Pobirsky escuchaba atento, sin decir nada, fumaba nervioso. Cuando le preguntaron si no le daba miedo usar la máquina a la vista de Vicky, se calentó, gritó que no lo jodiéramos más, me tiró el cigarrillo a los pies y salió dando un portazo. Tuve que contener la ansiedad de darle a ese hijo de puta un picanazo en medio de la frente.

Ni bien sonó el timbre, dije:

—Muchachos, arranco yo con el ataque, y le vamos a dar sin asco. Si alguno arruga en el momento, lo dejamos frito todos los demás, ¿estamos?

—Hay que cuidarse de que no arrugue Pobirsky —dijo Romediatti—. La gorda me contó que estuvo tratando de convencerla a Victoria de que hoy faltara a clases, y...

—Obvio que iba a hacer eso. Si llega a arrugar, le damos hasta dejarlo diciendo taradeces, y pobre del que no me siga —hice una pausa, como que recién me había dado cuenta de

algo. Lo miré a Romedietti y le pregunté—. ¿Cómo es eso que la gorda te dijo lo del Polaco?

Romedietti se puso colorado y abrió los brazos. Los otros empezaron a reírse y cargarlo con todo. Los gritos y las risas me tranquilizaron, todos estaban dispuestos a cualquier cosa, la sobreexcitación era incontenible.

Volvimos al curso. Un murmullo constante puso histérica a la profesora de historia.

Terminó la hora.

Victoria, cada tanto, se daba vuelta y me miraba con odio.

El murmullo continuó hasta que el profesor de geografía se hartó y le puso cinco amonestaciones a Romedietti.

Victoria me miraba con un odio que iba creciendo en su interior, y a su vez acrecentaba mi furia, mis ganas de matar al Polaco.

Al fin, el profesor salió, y entramos en el campo impune de la hora libre.

Lembo, a las corridas, se puso detrás de Vicky.

Todos comenzaron a murmurar, sabían que íbamos a hacer algo grande. Pobirsky intentó decirme en voz baja que mejor aflojemos, que no daba para hacer tanto quilombo. Lo miré como con ternura, casi agradecido, y mientras lo corría con un brazo le dije:

—Se te puede poner feo si no me seguís, Polaco. —Y avancé hacia donde estaba el marica. Detrás de mí, vinieron los otros, con las maquinitas ocultas en la espalda. Atrás de ellos, Pobirsky.

Me detuve al lado de Vicky, ni la miré, como si no existiera. Todo el curso hizo un círculo, dejando en el medio suficiente espacio como para no molestar la visual de nadie. Me mojé un dedo con saliva, y se lo pasé por la cara a Lembo, apenas rozando con mi codo el hombro de Victoria. De inmediato ella me empujó, y dijo:

—Ni se te ocurra tocar con esa mierda a Lembo, porque soy capaz de denunciarte.

Nadie se sorprendió: era obvio que Pobirsky le había contado todo. Romedietti, conocedor del alma humana, dijo:

—Sos un cagón, Pobirsky. Un buchón de mierda...

—Dejalo —lo interrumpí—, hay tipos que por un polvo con una atorranta hacen cualquier cosa.

—¡Te voy a romper la cabeza! —me gritó Pobirsky, y se me paró frente a frente. Levanté los brazos, como haciendo una señal, y Romedietti le apoyó

una mano en el hombro. Pobirsky entendió que se le complicaba comenzar una pelea que nos distrajera del objetivo principal.

—Tranquilo, campeón, no nos vamos a ir a las manos ahora. —Lo miré a Lembo, temblaba. La miré a Victoria, le sonreí.

Aprovechando la tensión y los murmullos, puse a cargar mi picanita, los demás hicieron lo mismo. Pobirsky dudó un instante, y mientras la prendía, no tuvo el valor de mirar a Vicky a la cara.

Todavía recuerdo los aplausos y los “bravos” que largaron el resto de los chicos de la división cuando nos vieron con los deberes de electrónica realizados. Creo que hasta la gorda aplaudía.

Victoria, enfurecida, dijo:

—Son todos una banda de asesinos, ni piensen que voy a dejar que toquen a nadie con esos aparatos de mierda.

—Callate —le dije, con los dientes apretados—, perra.

—A la salida te agarro, pero te quiero ver solo —me dijo Pobirsky—, hijo de puta.

—¿Hasta dónde vas a llegar por una mina? ¿Sos capaz de perder la amistad de todos tus compañeros? Vas a cobrar, campeón, despertate. Elegí a quién demostrarle coraje.

—El coraje es hacer lo que uno realmente quiere, no es seguir a la manada. —Dijo, a modo de sentencia.

Todos nos callamos. El silencio creo que se debió a que nadie entendió a qué se refería con esa frase de dibujito animado con parábola moral. Tampoco nos importó.

—Rompele la cara, amor —le dijo Victoria, dando una especie de última oportunidad. Ella estaba parada a un costado nuestro, pero en el medio, como semblanza de algo que podría definirse en el preciso momento.

Ya todos estaban serios, fastidiados de que se hubiera alargado tanto la joda.

—Bueno, vamos a terminar con esto —dije mientras levantaba mi picanita y se la ponía al lado de la cara a Pobirsky—. ¿Y, Polaco, vos qué vas a hacer? —Pude leer en su mirada la duda entre darme un golpe y bancarse el castigo, o quedarse en el molde y darle a Lembo.

Continué mi discurso. —Ya saben muchachos, todos al mismo blanco.

La primera descarga que le di en el cuello, arrancó de todos la misma exclamación: un “Uh!”, profundo, siniestro, perturbador.

Lembo contuvo un quejido de espanto, quizás torturado por no ser él quien recibió el castigo.

Pobirsky presintió, a sus espaldas, una jauría de hienas, riendo, babeando, esperando por su turno para atacar. Estaban desconcertados, cierto, pero a esa altura ya no les importaba quién era el blanco.

Vicky tardó en reaccionar, luego del golpe tuvo los ojos entrecerrados unos segundos, tal y como Romedietti había dicho que les ocurrió a los gatos. Pero yo sé que el choque eléctrico la había atontado menos que la sorpresa de no recibir ayuda de su “*amor*”.

Volví a descargar electricidad en el pecho de Victoria. Y otra vez.

Y otra vez.

Ella luchaba por ponerse detrás de Pobirsky, pero él no la cubrió. Se sentía en el aire el pavor que tenía de estar en lugar de ella.

—Te toca a vos —le dijo Romedietti al Polaco—, “*amor*”. Pobirsky la tomó del pelo, y le dio una descarga en el cuello. Vicky tuvo un quejido ahogado.

De inmediato, comenzamos a darle entre todos, mientras a Lembo le daban una paliza los que no tenían picana. Pobirsky le daba descargas a su novia, con la cara desencajada, con la mirada ajena a todo, sabiendo que cada golpe le dolería a él mismo, tanto tiempo como a mí.

Le dimos tantas descargas, pero tantas, que llegamos a desmayarla.

Ya al otro día, se armó el mayor quilombo en la historia del colegio.

Recuerdo haber visto a la madre, que vino con abogados y todo, enfurecida, gritándole al director y al profesor Marchetta, amenazando con una intervención o una denuncia en los ministerios, o no sé qué otra gilada.

También recuerdo que nos pusieron las amonestaciones necesarias como para que, si nos ponían una más, nos rajaban. Incluso a Lembo. Y que hicieron cargo al Polaco de toda la movida. Al noviecito de la nena. Pobirsky se la bancó como un señor. Sabía que si abría la boca, éramos capaces de matarlo.

Pero lo que más recuerdo, hasta el día de hoy, es la explicación que nos contó Marchetta, en clase, que le dio a la madre:

—Pero señora, debería haberlo pensado antes de mandar a la nena a un colegio como este, le dije. Acá todo lo que se enseña se lleva a la práctica, los chicos tienen ansia de demostrar que están a la altura de todo. ¿Usted se piensa que lo hicieron con maldad? Para nada, señora, al contrario, se les habrá escapado un poco. Mire cómo será el asunto que cuando pregunté por los responsables incluso la gordita levantó la mano. Señora, tiene que entender que en un colegio de varones hay ciertas situaciones que no son más que cosas de pibes.

## Siendo ambos

### I

Llegaron a vivir en el mismo edificio, en el mismo piso, enfrentados por mucho más que un pasillo y diferencias literarias. Estaban unidos por una trajinada vida sin compañía, como una simbiótica fuerza que los rejuntaba y los llevaba a odiarse apenas por ser reflejos, distorsionados pero fieles al fin, de sus soledades, de sus miedos.

Eran tan compañeros que, cuando escucharon juntos los quejidos dentro de las paredes, trepando por la estructura del edificio, advirtieron que ya no estarían solos nunca más.

Amigos desde la infancia, los efectos de inexplicables y aburridas causas los llevaron a habitar el departamento “C” y el “D”.

Hoy viven sólo dos de ellos, si bien en uno, desdoblados, claro está, en un alter-ego desafiante y dañino.

Rodolfo, profesor de lingüística y titulado en filología, era un tipo racional y centrado que alquilaba el departamento “C”. Las vueltas de la vida, una pésima separación de su novia de casi toda la vida, y una alarmante tendencia a citarse con sus alumnas fuera del colegio, lo arrancaron de una vida armada y plena. Una vida que hasta lo había llevado a tener un perro, un bonito coche, y el regalo de un suegro adinerado: una casita en las afueras de Tigre. Era todo casi perfecto, hasta que su futura mujer lo encontró metiéndose mano con una niña de unos dulces dieciséis. En resumen, llegó a un pacto con los padres de la niña que lo obligó a vender su bonito coche y abandonar su casita en las afueras de la ciudad. Así las cosas, una tarde de domingo se encontraba revoleando sus cajas con libros y otras cosas en ese departamento que no tardó en decorar con un gusto opaco. Era un desesperado intento por parecer normal... y sin problemas de alcohol. Las botellas de whisky estaban siempre a buen resguardo. El ascetismo pedagógico, la cruda pared que se establece entre generaciones, la rutina de un sistema que no cambia, y la denuncia constante de su memoria a recuerdos que nunca más volverían, lentamente, lo fueron empujando a los antidepresivos. Los nervios quedaban distantes por la noche, flotando en pastillas que se hundían en su garganta, en una catarata de

ginebra.

Darío, acérrimo empleado administrativo municipal desde joven, rentaba el departamento “D”. Por el contrario, sostenía que la vida solía cubrirse de sombras, de breves espíritus que guiaban al hombre a través de un destino, mayormente, ingrato. Lo racional le resultaba incompresible. Así mismo, si bien tenía un amplio cariño por cuanto dama y prostituta se prestaran a oírle, era incapaz de mantener una relación estable. Tal vez así pudo llegar a ser un ebrio crónico, y encargado de la recaudación de impuestos del municipio donde ambos, Rodolfo y Darío, habían nacido, crecido, y desbarrancado. La despreocupación absoluta con respecto a todo lo material, a todo lo que significara afectos, y cierta tendencia a tomar cocaína, lo dejaban puesto como un soltero excéntrico, oscuro y, por sobre todo, con ese aura que tienen aquellos hombres signadas por una tragedia pronta a ocurrir en cualquier instante. La gente le temía. Y Darío, si bien se regodeaba, también notaba cómo la soledad le era cada vez más natural, cada vez menos sentimientos acudían a él. Y eso, a cualquier

ser humano relativamente bien nacido, le hace una mella en el razonamiento que puede desembarcar en cualquier cosa.

Si bien eran enormemente distintos, ninguno de los dos supo despegar a tiempo de las garras de la compañía sin condiciones, controversial pero fiel, de un amigo de toda la vida. Pero un amigo que fue puesto ahí como un hermano mayor que uno no ha conocido a causa de la muerte, es tener el vacío de alguien que está en los ojos, por ejemplo, de los padres, y que a uno le impide sentirse solo, como si acaso la locura fuera compañía. Como si la locura se empeñara en disfrazarse ante los ojos de su portador, en fracciones de pequeños y dolorosos razonamientos que por separado suenan, incluso, lógicos.

Acaso por eso se juntaban casi todas las noches, para disfrazar la soledad con un gusto enorme por la literatura. Habían leído cantidades de libros. Y el pequeño germen de las letras, de la fantasía, del arte del buen contar, los empujó también a ciertas aspiraciones de escritores: como muchos tipos bohemios de treinta años decían que estaban escribiendo una novela.

Ambos escribían una novela.

Rodolfo escribía acerca de un profesor de literatura que vivía aventuras cotidianas que confirmaban que el fallo más grande de la sociedad era, justamente, la falta de sentido común. Darío, en cambio, navegaba en una historia pretenciosa acerca de fantasmas y cementerios, de seres signados por un Dios sádico que les encomendaba eliminar almas para asegurar así el perpetuo existir de la raza humana demostrando que el Hombre, en sí, es portador del Mal.

Entonces, la mayoría de las noches entre semana, luego de la cena, se pasaban originales, partes de capítulos, guiones estructurales que variaban, y botellas de bebidas varias de medio pelo. Breves secretos que poco a poco les iban dando forma a sus respectivas novelas, reacciones laborales, etcétera.

Una noche terminaban de cenar un pollo con papas en el departamento de Darío mientras argüían acerca de procesos creativos:

—Pero la locura es necesaria para la creación, Rodolfo —Darío hablaba pausado, mientras prendía un cigarrillo—. Me imagino que el personaje central de tu novela... ¿Cómo se llamaba?

—Augusto Correa, profesor de literatura.

—Eso, Augusto, tu álter-ego que se despliega en páginas, debe estar medio tocado. —No creo. ¿Acaso Arsenio Soria está loco?

—Claro que sí —Darío pensó la respuesta—. Imaginate, un coleccionista de huesos que poco a poco se va convenciendo de que nada tiene mayor sentido en la vida que la muerte. Está remilgadamente loco. Piensa que Dios le habla a través de cadáveres.

—Bueno, en realidad me estás confesando que vos también estás loco —Rodolfo comenzaba a incomodarse. Presentía que la charla derivaría en un campo más amplio que la literatura—. Pero escribir una novela no es experimentar todo lo que se cuenta, no es contar todo lo que se experimenta.

—¿Y vos no hacés lo mismo? ¿Acaso no buscás dar un significado a tu vida codiciando la posesiva locura de aquel que lo entrega todo por su obra?

Silencio por parte de ambos. Uno, consignando que lo habían puesto contra una espada. El otro apreciando el filo pronto a cortar la famosa lógica de su amigo. Esa misma noche, la manía, el agotamiento que termina pudriendo el alma, se hizo presente en gestos que fueron creciendo, desde lo imperceptible, hasta la enajenación.

El living comedor era amplio, decorado con unas fotos de Arlt, Soriano, y tres bibliotecas atestadas de diferentes libros. Piso de cerámico celeste grisáceo, que terminaba en un breve balcón. A la derecha de la puerta de entrada, luego de un metro de pared, estaba la cocina, justa para que dos personas compartieran el espacio sin incomodarse. Una repisa, turbadora por sus objetos, con estantes de vidrio, empotrada en la pared, era la antecesora a dos puertas más que conducían al baño, una de ellas, y a la habitación la otra. El departamento de Rodolfo era exactamente igual; pero exactamente invertido. Con la misma cantidad de bibliotecas, con fotos de Sábato, Castillo, y alguna que otra reproducción de un cuadro de Cervantes.

Darío sirvió otro ronda de whisky mientras Rodolfo observaba, por enésima vez, los estantes de la repisa que custodiaban las espaldas de Darío. Huesos, cráneos de animales, de seres humanos, imágenes que le resultaban familiares, aunque irreconocibles. Darío dejó la botella en la mesa, prendió un cigarrillo, y oyó un ruido apagado en una de las paredes. Sus ojos se estancaron en los de Rodolfo, que dijo:

—“Sopita de cáncer, sopita de cáncer para los locos, usan los chichis para manejar sopita de cáncer.” —Silencio. Algunos quejidos apagados.

Ruidos debilitados de nuevo. Y Darío, con la vista del que oculta algo, replicó:

—Laiseca, eso es de una novela de Laiseca. Dijiste que no te gustaba, che.

—No me gusta, pero veo todas las porquerías esotéricas que vas juntando y me viene a la mente esa escena de “El jardín de las máquinas parlantes” —el tono de Rodolfo era, al menos, agresivo—. En serio creés que esas reproducciones sirven para algo, ¿estás muy convencido de todo lo que decís, no?

—Claro, el señor Correa de los relatos perfectos, el señor Rodolfo que sólo lee los cuentos crueles y racionales —Darío perdía la calma—. El señor Correa no le pone nombres misteriosos a sus perversidades. Es cierto, cómo pude olvidarlo, no importa que te quiera partir el alma, importa que si una noche te despertás...

—Pero es glorioso el ímpetu del escritor partiendo hacia lo tangible. El cuento “La pantera y el templo”, de Abelardo Castillo, es el mejor de todos, viejo. Y no me vengas con tus anti héroes borrachos, porque estamos hablando de otra cosa.

—Hablamos de cadáveres sobre láminas de vidrio, Rodolfo. ¿Qué te pasa?

Se ve que el trago te pone el overol de Augusto Correa.

—Puede ser. A veces me embebo un poco y juego a que soy otro...

—Pero sos otro.

Interrumpieron la conversación acerca de los perversos perfiles de algunos personajes y escritores, al oír los golpes con mayor claridad. Ahora ninguno podía decir que no existieron los ruidos en el departamento de al lado, en teoría, vacío. Se miraron fijo. Ambos estaban turbados y borrachos.

Por unos instantes, silencio.

Silencio, por unos instantes.

Y de nuevo golpes, secos, contundentes pero apagados.

No hicieron comentarios.

La charla trunca, como si acaso fuera el comienzo de un círculo.

Y los golpes seguían.

Como si Arsenio le hubiera dictado algo, Darío aseguró que esos ruidos sonaban en la cabeza de ambos:

—Si fuera un asesinato, me refiero a que si alguien estuviera matando a una persona, saldría con mi barreta, bajaría la puerta de un golpe, y le partiría la testa al asesino.

—Salvo porque al lado no vive nadie —Rodolfo bebió un largo trago, cerró los ojos, y los abrió de inmediato, confuso—. ¿Tenés una barreta?

—El tipo que me consigue los huesos, una vez la dejó olvidada en la puerta del cementerio. Fue cuando me consiguió el cráneo de un cura. —Dijo mientras señalaba la repisa.

—Nunca lo había visto como una colección de cadáveres. Y los mataste a todos con una barreta. Mucho coraje. Y conservás el arma.

—No, che. Pará un poco, pesado. Nunca he asesinado a nadie. Apenas tengo algo que guardo con gusto.

—Estás loco, pibe. Piradito, si merecerías llamarte Arsenio y todo.

—¿Y vos? Tan asiduo lector de don Abelardo, ¿no tenés ninguna pantera en tu templo, profesor racional, centro de la lógica?

Golpes.

Secos, profundos, golpes que latigaban sus ebrios espíritus de literatura, sus mentes pulverizadas.

—Sí, por supuesto. Tengo una faca en mi casa, ¿sabés? No sos el único con trofeos de batallas de literatura que se mezcla con la vida verdadera.

—Oh, el señor profesor que reconoce cierta inclinación a la perversidad. ¿Y se puede saber cómo demonios la conseguiste?

—En una escuela nocturna. Un par de pibes se agarraron a las trompadas limpias. Cuando los voy a separar, uno de ellos me tira a cortar con una faca. Decí que tenía a mano un saco, si no me clava esa cosa hasta el hígado.

—Veo que años de literatura de malevos y gauchos han sido útiles —Silencio. Golpes en las paredes, en las cabezas. Los ojos de ambos se cruzaban en la densidad del ambiente—. ¿Y lo desarmaste al pibe?

—No, hermano. No fue necesario —la voz de Rodolfo, de Augusto, se oscurecía—. Otro compañero, desde atrás, lo tiró al suelo. Me agaché, recogí el arma y la guardé. Cuando todos se calmaron un poco, cuando los pibes se fueron a dirección, seguí con mis clases. Justo nos tocaba ver poesía de Lugones.

La noche siguió rodeada de maldiciones. Esforzando la lengua por evitar tropiezos étlicos, Darío contaba las peripecias de Arsenio Soria, en un cementerio de Burzaco, tratando de desenterrar a una supuesta mujer que en su piel llevaba tatuados los nombres verdaderos de Satanás. Rodolfo tardó en percatarse de que las acciones eran relatadas en primera persona.

—Entonces tomé la pala, golpeé con furia el féretro y cuando lo abrí...

—Me tenés harto, macho. Vos y tus percepciones de la muerte, la carne, pervirtiendo todo un circuito de lógica y razón que no se puede omitir...

—Acá no se omite nada, carajo. Tu problema es que acabás de darte cuenta que los dos estamos viviendo en lugares distintos, en planos diferentes, todos los días, todas las noches, no cuando estamos medio borrachos. Eso nos convierte a ambos en dos loquitos.

—Vivir se vive todos los días, en tu oficina, en mis clases. Mejor me voy, vas a ver que en mi departamento no se escucha ningún golpe, ni quejido ni nada de nada.

Rodolfo, con gestos impersonales, a los tumbos, se levantó y se fue.

Un rato más tarde, ambos, cada uno en su departamento, miraban por el balcón.

El sol los encontró escribiendo en sus cuadernos, en sus cabezas.

## II

El domingo siguiente, Darío salió todo el día, desde muy temprano. Algo en su percepción había cambiado. Para fijar sus deseos en algo más puro que los pensamientos que lo acosaron desde la última cena con Rodolfo, fue a Parque Centenario, a la feria de libros usados, para tratar de conseguir poemas de Goethe. Hurgó durante horas en diferentes puestos, pero no consiguió dar con algún ejemplar que le interesara. Entonces, como un peregrino oscuro, como un portador de malas nuevas, hizo unas pocas cuerdas y entró en el Museo de Ciencias Naturales.

Un constante murmullo le dejaba en la cabeza resabios peligrosos para un domingo. Pensaba, daba vueltas sobre sí mismo, sobre Rodolfo, para de pronto encontrarse pensando en Augusto Correa. Y se debilitaba.

Recorrió sin mayor interés la sección entomológica, para que a medida que vagaba por las distintas áreas, y se incrementaban el tamaño de los especímenes, su entera oscuridad, desesperada, fuera dictándole al oído, paso a paso, los diferentes procesos de disección utilizados para retener el halo de ciertos animales.

Tal vez se haya detenido una hora entera mirando los ojos carnívoros de fieras aniquiladas en nombre del saber. La imperceptible presencia de muerte que preservaban los reptiles, y si acaso la muerte sería tan benévola de olvidar con él, a través de ciertas pócimas, el implacable vestido de lo sin vida. Se preguntó qué ocurriría si en su novela, Arsenio decidía asesinar a otro personaje, detenerlo en el tiempo por la eternidad, abrirle el pecho y descubrir que el sonido del esternón al partirse es similar al de las puertas del infierno cuando cierran. Se detuvo junto a un chico, de unos diez años, que disfrutaba el presente inefable de una pitón, con sus fauces sedientas de atrapar existencia, y le dijo:

—Impresionante, ¿verdad?

El chico lo miró dispuesto a seguir la charla, pero algo lo detuvo. Miedo. Morbosidad.

Apenas asintió con la cabeza.

—¿Te imaginás el placer de observar a tu peor enemigo, ya sin jugos, sin alma, pero detenido en su mejor momento? Es como si Dios dejara olvidado en nuestras manos el arma para nuestro conocimiento —Prendió un cigarrillo,

aspiró una profunda bocanada y continuó—. Algunas serpientes hipnotizan a sus presas, las dejan petrificadas con un siseo encantador, les mienten, digamos. Creo que los hombres, los escritores, hacen lo propio con sus deseos. —Le dio una palmada cariñosa en la cabeza al chico y se fue con rumbo a la salida.

Caminó sudado unas cuadas, y subió al colectivo. Tenía la impresión de que la gente lo observaba, que la gente percibía sus pensamientos. Se sentó junto a una ventanilla, en un asiento de dos, y comenzó a dibujar en su cuaderno cuchillos, bisturíes, estrellas de cinco puntas. Una mujer, quizás joven, se sentó a su lado. Percibió un aroma en la piel de su compañera, un destino. Comenzó a silbar, bajito, suave, una melodía triste.

La mujer lo miró.

Él giró la cabeza y encontró los ojos de la presa.

Continuó silbando mientras ella no podía dirigir la vista hacia otro lugar.

Detuvo el silbido. Ella dejó las manos cruzadas sobre el regazo luego de que él le dijera:

—Hola, mi nombre es Arsenio.

En ese mismo momento Rodolfo disfrutaba el sol de la tarde en la costa del Tigre. Tirado en el pasto leía, por centésima vez, la brutalidad en la narración de “La Revolución es un sueño eterno”, de Andrés Rivera. Abstraído en la maravillosa crueldad manifestada por la naturaleza, al pudrirle con cáncer la lengua a un hombre con interminables cosas por decir, murmuraba:

—Yo no tengo áter ego. Yo no soy más que un profesor, hábil en el pensamiento racional —cebando un mate entendió que dudaba de sus propias palabras—. No odio mi vida. No soy un hombre con dos caras, soy un escritor. Sin embargo, desde la cena con Arsenio —cerró el libro y lo tiró sobre el pasto—. Carajo, quise decir con Darío.

Chupó lento y cuidadoso la bombilla. El amargo sabor de la yerba lo llevó a un pensamiento que le pareció descabellado.

—Lo único que me falta es dejar que los pibes se me maten en las aulas. Total, yo luego vuelco esas bestialidades en una novela social, le doy una forma técnica y listo. Claro, si yo soy Augusto Correa, entonces puedo decir que los pibes son vistos como animales, con ojos de vidrio, disecados para el nuevo desfile científico social. Puedo escribir, sabiendo que esto me va a dar calma, a mí, a Augusto Correa, que la educación no es para todos. Que cuando nos empeñamos en no aplazar a un pibe es porque nos hipnotiza con sus problemas familiares.

Tomó el libro de nuevo, pero ya era tarde, no podría volver a leerlo. Tenía que pensar, calmar esa odiosa furia que lo ponía en desventaja con Arsenio. Soltó una carcajada, tomó un cuaderno y comenzó a escribir desaforado.

Escribió largo y tendido, hasta que una sombra que creció a sus espaldas sin que lo notara, dijo:

—Hola profesor.

Él continuó escribiendo, hasta que sus pupilas se dilataron, cuando leyó sobre el papel: “*A vos, idiota, que sos el elegido del mal* ” La frase se convirtió en una voz carente de forma lógica, pero repleta de un espíritu discernible sólo bajo el penar infinito y esclarecido de la locura. Unas piernas delgadas interceptaron su campo visual, y esta vez sí oyó:

—Hola profesor, soy Evangelina... ¿Me recuerda?

Levantó la vista y se encontró iluminado por la delicadeza de una de sus alumnas. Le hizo un gesto afectuoso para que se sentara en el piso, junto a él. Sin saber bien de qué manera al rato estaban cenando en el departamento de Rodolfo.

Cerca de las diez de la noche Darío llegó a su hogar acompañado por la mujer que, en el colectivo, dijo llamarse Lidia. Abrió la puerta e hizo una reverencia galante para cederle el paso. Entre arrumacos y palabras suaves prendieron unas velas negras, y se sentaron en el piso. La luz, tenue, parecía resaltar los huesos que adornaban el departamento. Lidia comenzó a desabrocharle la camisa, dibujaba con las uñas el preciso deseo de dos amantes. Arsenio la tomó entre sus brazos, dispuesto a dejarse perder en el cuerpo de ella. Pero algo lo desconcertó. Lidia percibió en la compleja química de Arsenio que algo ocurría. Él la separó de su lado y se dirigió hacia la puerta. Prendió las luces, y encontró, con desagradable sorpresa, un papel doblado. Tomó la misiva y comenzó a leer:

—*Detestable amigo Arsenio* —sonrió presumiendo haber provocado una reacción tan literaria en su vecino Augusto

En caso de que Lidia hubiera mantenido la vista en la cara de Arsenio, se hubiera enterado que estaba frente a un hombre que se debatía en fatídico duelo, hubiera visto el

pánico de un hombre sumergido en el oscuro brío de algo llamado, vulgarmente, locura. La fantástica lucha de la mente de Darío (Arsenio para ella) aferrando a pequeños rasgos de realidad una marea de pensamientos. Arsenio dijo:

—Debo evitar esta caída, este infierno barato en el cual me quiere hundir este animal. —¿Estás bien, Arsenio? —Interrumpió Lidia, con ese tono cóncavo, irreflexivo, que las

mujeres omiten disimular. Fue como un mazazo que aniquiló toda gota de razón que quedaba en él, en ellos.

Darío la miró, y sintió que Arsenio deseaba extinguirla, borrarla del penoso mapa en el cual se encontraba buscando un norte y dijo:

—¿Me das un minuto? —Fue hasta el cuarto. Estuvo unos segundos, y salió con la barreta en las manos. Ella no sintió miedo, porque carecía de cualquier aviso, de cualquier explicación que pudiera alertarla.

Se dirigió hacia la puerta, su paso apagó la llama de una vela. Se detuvo junto a Lidia y le dijo:

—Ya vengo, me olvidé de algo importante.

Salió del departamento cerrando con llave tras de sí. Prendió la luz del palier y comenzó a leer la nota en voz alta:

—“*Bla bla bla, Arsenio... bla bla bla... a veces creo que todo aquello que vos llamás destino no es otra cosa que un verso barato para encandilar minas. Cada tanto atribuí a las fuerzas de la vida una razón espiritual sólo para tener sexo. Apostás, digamos en criollo, sin tener guita. Entonces toda esa huevada ruin que aprendimos de Erdosain, por citar un ejemplo claro, te lo podés guardar en el bolsillo, porque no pensás en otra cosa que en tus muertos, que en tus cadáveres rejuntados que depositás sin temor en tu repisa berreta. Pero te odio más todavía porque me he convertido en una parte de ese juego, porque yo también me desayuno estas cosas, y te copio, pero sin hacerme tanto el oscuro. Si tenés agallas, desgraciado, te espero cuando quieras. Sí, a vos, idiota, para romperte esa sonrisa de entendido. Eternamente tuyo, Augusto.*”

Arsenio prendió un cigarrillo, hizo un bollo el papel, lo guardó en su bolsillo, y dijo:

—Genial. Voy a matarlo, y luego pondré sus huesos junto a mis otras muestras de vida

eterna en la muerte.

Enardecido, ocultó la barreta con una mano en su espalda, y tocó timbre en la casa donde esperaba encontrar a Augusto. Estaba decidido a partirle un hombro, apenas lo viera salir.

Rodolfo, como siempre, abrió sin preguntar y, sorprendido, dijo:

—Darío... —Arsenio al presentir alguien más en el departamento, contuvo su impulso de arremeter. Rodolfo presintió algo— ¿Cómo andás? Pasá, te presento a Evangelina. —La chica sonrió y, mientras se paraba a saludarlo, dijo:

—Darío, qué gusto. Rodolfo me habló mucho de vos. —Arsenio le hizo un gesto con la cara y respondió:

—Encantado señorita, disculpen que los interrumpa, pero también estoy acompañado, y quería saber, Rodolfo, si no te sobra un vino.

—Si, esperá un segundo —Fue hasta la cocina y regresó con una botella. Salió del departamento—. Ya estoy con vos, Evangelina.

Arsenio, Darío, mientras abría la puerta de su departamento, puso la botella en el suelo. Los ojos de Rodolfo se desencajaron cuando vio la barreta. Entró con Darío, Arsenio, y le dijo:

—¿Qué hacés con la barreta, energúmeno?

—Te presento a Lidia, Augusto.

—Hola, encantada —dijo con una sonrisa falsa y despreocupada—. Vos sos el que dejo la nota, ¿verdad?

—Sí, y me llamo Rodolfo, soy amigo de Darío desde la infancia ... Aunque a esta altura, ya no sé ni cómo puedo compartir algo con un psicópata que me va a manguear un vino con una barreta oculta en la espalda.

Lidia ya no hacía esfuerzos por comprender quién era quién, ni qué significado tenía la barreta. Apenas bufó y se fue al baño diciendo:

—Darío, Arsenio, Rodolfo, Augusto. Deberían hacerse tratar ustedes.

La expresión de Rodolfo era de total desconcierto. Arsenio, Darío, lo tomó con fuerza excesiva de un brazo, y lo llevó hasta la puerta:

—La barreta te la iba a regalar, pero ahora, por buchón, no te doy nada. No te descuides, hermano, te voy a devolver las cortesías de tus cartas.

Cerró dando un portazo que se escuchó en todo el edificio. El eco, como una vibración maldita, repercutió en sus corazones.

Para las acompañantes que omitieron los sucesos, la noche pasó cargada de tensión, pero aunque bastante normal, y muy silenciosa. Sin embargo para ellos, la noche pareció no abandonarles la mirada nunca más, y los golpes, los ecos de sus palabras, tampoco.

### III

Por la mañana, luego de despedir a Evangelina con promesas de reencuentro y otras banalidades, Rodolfo decidió desayunar un vaso de ginebra, parado en la cocina, con la faca en su mano. Miraba el brillo de la hoja confeccionada artesanalmente, se le antojaba delicioso, de un poder a sola vista mucho más intimidante que el de una barreta, elemento rudimentario de los que profanan tumbas. Estuvo un buen rato observando el arma, abstraído en un pensamiento insobornable por la realidad. Trataba de encontrar el mejor lenguaje para gritarle al mundo, a través de sus letras, el coraje del cual Augusto se había armado por una afrenta. Augusto, poderoso y embravecido Augusto. Sus ojos brillaban en las nubes que desfilaban por los cielos.

De pronto la alarma de su reloj dio las diez de la mañana, entonces recordó que en menos de veinte minutos comenzaba su clase de introducción al análisis literario.

Siempre con la faca en la mano, tomó su valija, un abrigo, y salió raudo

hacia la calle. Recién al llegar a la esquina entendió que el objeto que tanto le había dificultado las simples tareas cotidianas, como por ejemplo abrir una puerta, era la faca. Se puso pálido, y la guardó en su valija. Su cara recuperó el color cuando se le antojó que era un hombre mucho más valiente por portar la faca.

Llegó al colegio quince minutos tarde, pidió disculpas a la clase, y se excusó diciendo que lo había visitado por sorpresa una amigo escritor que hacía bastante no veía, y de inmediato comenzó con una clase impecable.

—Hay cierta razón —decía compenetrado Augusto, o Rodolfo, ni siquiera ellos lo sabían—, cierta lógica en todo tipo de locura. Si observamos a Raskolnikov, que ronda la locura, veremos que juzga, castiga, ejecuta y luego desfallece. Se tortura sabiendo que se ha equivocado al tomar una justicia que, en principio, sólo lo beneficiaba a él, y peor aún, dentro de su estado psicótico, siente la certeza de haber actuado correctamente —la clase lo escuchaba con atención, tratando de encontrar la claridad de quien les hablaba—. Entonces, muchachos, la culpa es la primera razón, la primera practicante, de toda locura.

—Está bien, profesor —lo interrumpió un muchacho vestido con un correcto aspecto de intelectual adinerado—, pero estos personajes no son tangibles hoy por hoy. A nadie más le agrada esa miseria de propósito. Mi razonamiento dice que en realidad esos personajes son detonantes de la burguesía del escritor temeroso de ser uno de sus libros, aunque sepa internamente que ya lo es, que para algo escribe.

Augusto mordió su labio inferior, el odio en sus ojos era evidente. Respiró profundo y dijo:

—Oh, albricias, tenemos un develado en la vida y psicología de grandes autores —la exasperación en su voz crecía—. Así que, digamos en criollo, estos tipos son unos remilgados cagones que trasladan masturbaciones mentales y traumas a sus libros.

—Claro, por lo general, los personajes miserables encuentran su vida tacaña luego de ser abandonados por la suerte, por el amor. Raras veces nacen signados para la miseria, rara vez tratan de escapar de esas garras baratas. Como por ejemplo Oliveira, un cobarde impreciso. Eso pasaba antes, eso era un verso de antes.

Si el tono del alumno no hubiera sido tan arrogante y prepotente, tal vez Augusto, o Rodolfo, le hubiera explicado con paciencia y tacto que era un imbécil. Pero no fue así.

Augusto, con una mano en la cintura y la otra en el escritorio, parecía estar posando para un daguerrotipo de su alma. Esa mano, con un pedacito de tiza, sobre el escritorio, no sólo sostenía su cuerpo. Era la piedra angular de algo que se derrumbó. Cerró los ojos, respiró profundo, y ya definida su réplica, arremetió sagaz:

—Dígame, joven, ¿su nombre?

—Lisandro Almaraz

—Apellido fuerte, patriota, tiene usted. Ahora, Almaraz, ¿sería tan amable de decirme cuáles son sus autores favoritos? ¿Cuáles son los supremos que lo abstraen mientras lee?

—Puedo nombrar varios, profesor.

—Bueno, comience con algunos, Almaraz.

—Stephen King, Tomas Harris —las risitas apagadas de los otros compañeros lo obligaron a elevar la complejidad de los autores—, Vargas Llosa me agrada con enormidad.

—Le agrada con enormidad, mire qué bueno, Almaraz.

—Sí, debo reconocerlo, es un excelente escritor —de inmediato hizo un gesto despreciativo como al recordar algo de vaga trascendencia—. También algo de Cortázar...

—¡Algo de Cortázar, dice Almaraz! —Bramó Augusto dirigiendo sus ojos al resto de la clase.

—Sí, el tema es que creo que una buena parte de su obra es un invento comercial. —Augusto, y casi toda la clase, no daban crédito a lo que oían. Sonrió sardónico, puso la valija sobre el escritorio y dijo:

—Claro, el primer autor que me nombra es King, y tiene la desfachatez de decir que Cortázar es un invento —paso el revés de su mano por la frente—. ¿Sabe qué, Almaraz? La voy a hacer corta así no aburrimos al resto de sus compañeros con tanta ignorancia: usted debería ser crítico de literatura. Tiene un olfato implacable, Almaraz, fatídico, hirsuto, para detectar la buena literatura. Me rectifico, usted va a ser crítico, pero uno de los grandes, de esos que se mean por no desentonar de un movimiento flácido, aprobará con su alma de carroñero a los escritores modernos con muchas páginas llenas de ideas brillantes. Y luego con eso va a comprarse medias por un valor similar al que invierten los verdaderos escritores en una camisa, esos que usted ni siquiera accederá a leer debido a que no trabajan para una gran multinacional. Usted, Almaraz, va a beber vinos caros en reuniones, criticando, chupando sangre de las costillas raquíicas del pobre tipo que se desvela

comiendo fideos con manteca para conseguir un cuento, una historia, que tenga algo de lo que usted carece, alma.

Algunos alumnos rompieron en carcajadas y aplausos que deberían haber inflado el ego de Augusto, pero lo único que consiguieron fue incinerar la desencajada y débil razón que quedaba de Rodolfo en ese cuerpo.

Augusto oyó en su alma el eco de los golpes en el edificio, la voz de Arsenio amenazante entrando en su carne. Tuvo arcadas, desesperación. La clase comenzó a discutir en un proverbial griterío.

Entonces ocurrió.

Augusto metió la mano en la valija, tomó la faca, la mostró al grupo que poco a poco fue entrando en un helado silencio, y gritó:

—¡Debería cortarle la garganta, Almaraz, e intentar con su sangre enseñarle al resto de sus compañeros a escribir una frase, apenas una miserable frase que pudiera servir de algo al oficio de escritor!

Rodolfo pareció despertar recién cuando una de las alumnas comenzó a dar aullidos histéricos pidiendo auxilio. El preceptor entró al salón, tratando de indagar qué ocurría: le resultó imposible, un grupo de chicos salió disparado hacia el pasillo, otro se descostillaba de risa en el fondo, la chica con ataque de histeria se le abalanzó llorando diciendo “lo quiso matar, lo quiso cortar por nosotros”. La clase entera estaba convulsionada. Varios trataban de explicar, poco convencidos, que seguro había sido una broma. Pero los gestos de Rodolfo, Augusto, nunca dieron lugar a creer que se trataba de una actuación.

Pasaron unos instantes, el preceptor dio un par de gritos, y terminó diciendo:

—A ver, Almaraz, ¿el profesor dónde se encuentra?

Almaraz apenas señaló hacia la puerta. Estaba en shock.

Se había orinado encima.

Rodolfo salió raudo de la universidad. Se cruzó en medio de su carrera con Evangelina, apenas si la saludó. Corrió unas cuantas cuerdas, a la deriva, tratando de encontrar alguna excusa para dar a sus alumnos. Seguía una huida enloquecida mientras hablaba:

—Imposible, menos ahora que he rajado como un delincuente. Y es lo que soy. Dios mío, hasta dónde me ha llevado esta locura, esta soledad —llegó hasta una esquina, descompuesto, afiebrado—. Todo esto es culpa de la oscuridad que metió en mi tranquila, feliz y simple docente vida el engendro

metafísico de Arsenio —Un sacudón en las tripas lo derribó al suelo. Comenzó a vomitar.— Darío, quise decir...

Se sentó en el cordón de la vereda un rato. La mañana era radiante. Una de esas mañanas que acusan tragedias en la vida real. Un patrullero pasó con dirección a la universidad. Rodolfo recordó su fuga. Sintió vergüenza de nuevo. Y supo cómo rectificarse. Supo, en sus entrañas, en las de Augusto, que sólo un camino podía llevarlo a la calma absoluta, definitiva, limpia. Sacó la faca del maletín, miró hacia el cielo radiante que lo celaba, y sintió una lágrima, repleta de vileza, cruzando la cara de Augusto Correa.

#### IV

Esa misma mañana, Arsenio decidió no ir a trabajar. Había dormido muy poco durante la noche. Y en los exiguos momentos en que pudo conciliar el sueño, terminaba ahogado en

unas terribles pesadillas. Soñaba que Augusto entraba al edificio, lento, subrepticio, oculto en la mordacidad de la envidia, y lo golpeaba. Luego la pesadilla parecía desaparecer, mutando a un claro sentimiento de silencio, de alivio físico. Pero los golpes, como una lluvia de piedras cayendo en su cara, en su cabeza, lo alertaban. Se encontraba recostado, en una posición que tardaba en develarle, en mostrarle, desde una vista panorámica, que lo estaban enterrando con vida.

Luego de llamar por teléfono a su trabajo y avisar que no iría por una gripe, bajó las cortinas del ventanal. Cerró todas las ventanas. Prendió velas negras, y se sentó a meditar frente a su repisa, a sus cadáveres, con una botella de whisky a su lado.

Los ojos no le pertenecían, hacía mucho ya que quienes lo conocían aseguraban que no tenían fin. Que la oscuridad que transmitía su mirada podía dar claras señales de una locura de propósito. Nadie, más que él, sabía que no estaban equivocados. Nadie supo, jamás, que su mirada, sus ojos oscuros, eran la ventana hacia un jardín interno sembrado de arena, de miedos insubstanciales. En su mente, dentro de esa blanda energía que lo significaba como un fantasma corporizado en carne, escuchaba voces lejanas, de mujeres, de Augusto, de Rodolfo, que lo llamaban Arsenio. El reflejo de la tenue luz oscura de las velas dio contra el filo de vidrio de uno de los estantes. Creyó encontrar una cara ajena, desfigurada, que recordaba otra vida, aburrida, lejana, de otro hombre, que lo buscaba.

—Darío —dijo con voz gutural—. Ese solía ser un tipo llano, tranquilo, con buenas dotes para el discernimiento. Pero ha ido tantas veces hasta el infierno apenas para tropezar con un camino que lo acerque a la paz. Pobre diablo, ha creído toda su vida que la paz era algo tangible, algo que sólo podía apreciarse luego de haber experimentado el descontrol absoluto de la percepción. Así le ha ido. Pobre imbécil. Ahora sólo queda una muerte, un segundo de insignificante latir que se detiene en las sombras.

Tal vez haya pasado horas enteras sentado frente a una extinción de razón. Tal vez haya pasado apenas instantes, como una tormenta de verano que se desnuda de pronto en las tardes calurosas.

Tal vez haya estado en completo silencio.

Tal vez no.

Tal vez haya invocado a seres lucífugos para que lo incorporen una vez más dentro de un cuerpo que se le antojaba vano, dispuesto a todo, y lo llevaran en

andas hasta el límite de lo ingobernable.

Fue a su habitación y, antes de tomar la barreta, se desnudó.

Cubrió con sus ropas el cuerpo ya sin vida de esa mujer que había dicho llamarse Lidia, y que no supo frenar a tiempo su lengua al intentar desafiar a un tipo convulso como Arsenio.

Sus manos, las de Darío, las de Arsenio, tal y como horas antes habían cerrado la garganta de una mujer, se cernieron sobre la barreta, y atacaron con furia indescriptible la imagen absurda que lo confundía en ambos nombres, en ambas miradas perdidas en un lago negro y solitario, de crimen y desolación.

Cubierto de sangre, con trozos de espejo por todo el cuarto, oyó un furibundo golpe en la puerta de calle. Pasos desesperados que subían las escaleras, a los tumbos, pero con una certeza liberadora.

Entonces salió de su departamento, prendió la luz del palier, y ambos se encontraron. Augusto, cubierto de lágrimas y vómito, empuñando la faca que lo inculpaba de un crimen efímero hasta ese momento. Arsenio, ensangrentado, con la barreta apoyada en su hombro, y una expresión de dolor que, de haber sido posible en un ser como él, también lo hubiera bañado en llanto.

Ambos se saludaron con un gesto.

Con palabras irónicas uno dijo:

—Arsenio. —Y tiró el primer golpe, cortando un músculo del brazo de su oponente. —Augusto. —Respondió, enfurecido por el dolor, el contrincante, y asestó con la barreta un golpe hábil en una de las piernas de su reflejo imperfecto.

Ambos sabían, cuando oyeron quejidos dentro de las paredes, trepando por la estructura del edificio, que ya no cabían en ningún otro lugar, más que en la mente de un desquiciado.

Ambos sabían que no había escape, ni lo habría jamás, mientras el otro, los otros, estuvieran allí para atestiguar la cobarde locura en la cual se habían sumergido.

Ambos lo sabían.

Por eso la batalla fue a muerte.

## Matías

Lo que sabía hasta el momento era que Matías había nacido en Paraguay, su padre era militar y su madre murió en el parto. Decía que le contaron que nació con diez kilos, y que su madre se reventó viva por dentro. Que su papá lo encerraba en un cuarto todas las noches y que le pegaba palizas. Que lo criaron con los cerdos y más de una vez lo atacaron a mordiscos limpios. Que lo ataba con alambres y lo abandonaba en un pozo oscuro, para sacarlo a los dos días y pegarle con cables de cobre y todo lo que veía. Así hasta que a los quince años, unos seis años antes de conocernos, algo dentro suyo le gritó basta, le rugió violencia, odio, le aulló miedo; y de un solo golpe, en la mandíbula, mató al padre. Sea el país que sea, y lo mugroso que sea el pueblo, nunca está bien matar un milico, entonces desde hacía años, llevaba dando tumbos y tumbando por el norte Argentino.

Total, que ahí estábamos los dos, escuchando nuestras penas y descifrando el origen de esa voz, de ese grito que lo sumió en un miedo insoportable. Me dijo que nunca bebía, pero que cuando lo hacía, con un solo vaso de vino se emborrachaba y no era capaz de controlarse.

—Por eso me animé a pegarle a mi viejo, y por eso quería bajar al tipo de la estatua.

En esa época yo contaba con 17 años, todavía escuchaba las historias de la gente, y me preocupaba, y trataba de ayudar. Conocí a Matías un mediodía muy caluroso, estaba en un pueblo de Misiones, intentando pasar a Brasil, cuando un policía me dice que lo ayude a detener a un tipo. Entonces veo en una plaza a un pedazo de animal humano pegándole manotazos limpios a una estatua de bronce.

Le hice señas al cana de que me mirara la mochila y me acerqué despacio al pedazo de energúmeno ese.

—Disculpá, cacho... ¿Tu nombre? —Se da vuelta y era un pedazo de niño gigante. Lampiño, cabeza con una pelusilla rubia, ojos celestes chiquitos chiquitos, como una comadreja. Me sacaba dos cabezas de altura y de ancho era simplemente bestial. No como estos tipos que van al gimnasio, no. Como estos que nacieron grandes y trabajaron duro desde niños. Me asusté mucho, pensando que ese tipo de seres no eran humanos, y que tenían algún tipo de tara genética en la cabeza, o un cortocircuito en el alma. En fin, que me mira y

me dice:

—Me llamo Matías, y quiero andar a caballo. ¿Y vos quién mierda sos?

—El Turko, encantado. Ahá, bien, pero aunque seas fuerte, no vas a poder bajar al tipo ese de ahí.

—Soy fuerte, y mi mamá me dijo que puedo ser lo que quiera.

—Muy bien, una pregunta: ¿Estás borracho?

—Sí.

—Bueno, ¿ves el policía ese que está ahí atrás mío? Nos va a llevar detenidos a los dos si no dejás de hacer el ridículo.

Matías me miró fijo, levantó una mano, como para pegarme, y yo me quedé quieto: muy simple, si me cubría o no, la fuerza de ese golpe no iba a soportarla. Pero se ve que lo impresioné, porque bajó la mano, me bufó encima, y se fue caminando hasta el banco donde yo estaba sentado antes.

—Muchachos, dispersen, vamoood, moviendo el culitooo, vamoood—  
Gritó el poli. Me callé, agarré mi mochila y empecé a caminar hacia el pueblo. Matías empezó a seguirme, y

yo, en vez de evadirlo, me dejé seguir unas calles por dos motivos; el primero es que andaba solo y, si iba a pasar a Brasil en barco me convenía ir con alguien. Y segundo porque dijo que estaba borracho y no olía a alcohol. Eso me desconcertaba.

Entré en un bar, me senté junto a la ventana y pedí dos Cocas y dos choripanes. Matías me miraba desde la calle, le hice señas de que entrara. Dudó un segundo, pero al rato estaba sentado frente a mí, morfando como si fuera la primera comida en días. Al rato supe que así era. Desde ahí nos hicimos, no amigos, pero sí compinches. Le dije que no tenía dónde dormir y que me quedaba poca guita. El calor apretaba y recién eran las dos de la tarde. Entonces Matías me dijo que a una hora de camino había un sitio para dormir una buena siesta y luego ver cómo llegar a Brasil.

—Genial, che, pero con esta calor no voy a aguantar ni media hora... —  
Seguime...

Caminamos unas cuadras y, maravillosamente, estábamos en otra plaza, donde nos esperaba una fuente enorme para remojarnos... Comenzamos a quitarnos las camisetas, y en ese momento agradecí haber trabajado en un matadero de corderos. Porque cuando Matías se quitó la camiseta tenía tantas cicatrices y de tal índole, que ni siquiera con tatuajes podría tapar el horror sufrido. Partes del pecho con marcas de quemaduras, cicatrices cocidas con hilos, marcas de hierro ardiendo. Su torso entero era, para cualquier forense, un mapa repleto de posibles elementos para herir. Y para un poeta era el mapa exacto del infierno que puede soportar un ser humano. Esas marcas podrían haber enloquecido a cualquiera. Tal vez con él lo habían hecho y aún no había explotado.

En fin, que llegamos a este lugar, una especie de galpón con recovecos donde dormían perros, borrachos y mendigos, que nos sirvió para descansar un rato de tanto calor. Al menos corría una brisa. Luego de una siesta reparadora, comenzamos a fumar unos cigarrillos Sidney (los peores 40 cigarrillos por casi nada de dinero) y a contarnos nuestras vidas. Nos entrelazamos en el aspecto de sentir que nada nos importaba y que éramos dos parias. Claro, él mucho más jodido que yo.

De pronto se le iluminó la mirada y, Dios, casi juraría que en sus ojos había algo que todavía no quería desfallecer. Me dijo que conocía un lugar donde había peleas clandestinas y podíamos sacar algo de guita, pero que no se atrevía a ir solo, y que yo le parecía alguien con quien podíamos ganar dinero.

Entonces le dije:

—Genial, pero dos cosas: la primera es que no bebas, y la segunda es: peleas de qué —De todo, perros, gallos, carrera de cucarachas... A veces peleo yo...

—Bien, entonces la tercera cosa es que si vas a pelear bebas y yo me encargo de la guita.

Llegamos a un lugar que estaba detrás de un cementerio de coches, en la entrada había unos cuantos tipos haciendo de seguridad y cobrando para pasar 2 pesos por persona. Pagamos y comenzamos a ver de qué iba la cosa ese día. El menú de apuestas era pelea de gallos. Nos miramos con Matías y comenzamos a analizar las probabilidades de los pajarracos que, la verdad, tenían muy mala pinta. Al final me decidí por un gallo negro, sin cresta pero con unos espolones enormes: aposté mis últimos 18 pesos. El bicho pagaba 20 a

1. Al comenzar la pelea Matías ya había desaparecido, y como yo no sabía muy bien cómo iba la cosa en el garito, decidí esperar a que apareciera. La pelea fue rápida y sangrienta, el gallo negro ganó en casi 45 segundos con dos espoloneadas en la garganta del otro bicho.

Salté de alegría, aunque me controlé enseguida al ver que éramos muy pocos los que estábamos contentos. Se me acerca un tipo y me dice que las apuestas me las van a pagar en la barra. De camino a la barra lo veo Matías hablando con una chica a la que le sacaba, fácil, 4 cabezas. La chica estaba vestida como puta, pero más allá de eso, era bonita. Rubia, con buen tipo, pechos firmes y caderas amplias. Lástima la cara pintarrajeada, debería tener, fácil 24 años. Total, que en cuanto me acerco a la barra un tipo me dice “¿Seguro que vas a cobrar? O sea, si te hacés el loco, pendejo, vas a cobrar seguro” De inmediato le pedí al tipo de la barra tres vasos de vino, y le hago señas de que vaya para el lado de Matías.

Me da los tres vasos y le digo:

—Cobreselós de acá mismo, jefe, y le doy el ticket de la pelea —mientras me doy vuelta a Matías y le digo— Tomate eso ya mismo, de un trago sin asco, que se pudre todo, no nos quieren pagar las apuestas.

—A mí no me gustan los borrachos, ¿Eh? —Dice la mina.

—Mirá, nena, está todo liso, pero si mi amigo no se chupa esto, nos joden a los tres. —La chica se quedó callada, Matías, sin decir una palabra se embuchó el vino.

Al rato vuelve el mozo y me dice:

—Nene, ustedes no tienen edad para apostar, lo mejor es que se vayan.

—Mire, jefe, cuando aposté no me preguntaron la edad, entonces ahora no está correcto eso de que no nos quieran pagar —lo miré a Matías, me asintió, y ahí nomás le zampó un beso a la piba— Es una noche linda, terminemos en paz, ¿no?

—¿Me estás amenazando pendejo de m...?

No llegué a terminar la frase cuando Matías le arreó un derechazo corto, seco, contundente, que, literalmente, escondió al tipo detrás de la barra. Se nos vinieron encima unos 4 ó 5 tipos y uno a uno Matías los iba rechazando, yo detrás de él, hablando con la mina —Blanca se llamaba—, y sacándole si era puta o si se iba a venir con nosotros. Dijo que sí. A las dos cosas.

Me envalentoné y me subí a una silla, a los gritos dije:

—¡Eh, eh, eh... Al que derribe a mi amigo se lleva a la rubia y este ticket por 360 mangos!

Se hizo un silencio, un silencio que se me antojaba mortal, me imaginaba que ahora saltaría alguien con una pistola y nos liquidaba ahí nomás. Pero, al contrario, saltó una voz del fondo diciendo que si la casa aceptaba la validez

de mi ticket, él se cargaba a mi amigo en menos de tres minutos. Sí, los pobres y desesperados somos muy cuidadosos en el tema de la guita. Salió otro tipo de atrás de la barra y dio el sí.

De pronto todo el establecimiento estaba a los gritos levantando apuestas en contra de Matías. Claro, el tipo que aceptó la apuesta, además de ser más alto y mayor y fibroso, me enteré unos días después que había sido boxeador callejero en Brasil.

A los cinco minutos estábamos 25 a 1 en contra, si ganábamos nos llevábamos una pequeña fortuna y la gloria de las putas y el pueblecito. Le di otro vinito a Matías, lo acompañé al medio del salón donde se iba a producir la pelea y le dije:

—Este es tu momento, ¿tenés confianza?

—Lo v... voy... a hacer mierda

—Bien, nene, no dudes, y sacudilo de una así te vas a un hotel con tu minita... —¿Dónde está? Quiero otro beso.

—No me vengás ahora con mariconadas, sacudilo al coso este y dejate de hinchar las pelotas, yo ahora te la traigo.

Comenzó el combate y ya tenía localizada a la mina, estaba sentada en la punta de enfrente, en las rodillas de otro tipo. Me dio un sudor frío, una sensación de cercanía a la muerte que casi hace que me cague encima.

El brasilero entró fuerte. Usaba un “uno, dos” clásico y absolutamente previsible, pero Matías solo recibía golpes, no se defendía, ni atacaba ni nada. Entonces la cola Satanás me rozó la lengua y le grité:

—¡Como perdamos, la Blanca se va con un viejo roñoso de este pueblo!

Acto seguido, el brasilero lo quiso tirar al piso, y le rasgó la camiseta. Hubo una especie de asco y tristeza generalizada. Matías lo percibió, sus cicatrices nos regalaron a todos el recuerdo de una infancia de mierda. Ni uno de los que estábamos ahí lo habíamos tenido fácil pero el torso del pibe este era demasiado. Matías soltó un gemido casi desgarrador, que dejó en silencio a todo el local. Por eso, tal vez, escuchamos el ruido de los huesos al ceder y partirse. Lanzó un directo a la pera del brasilero que, menos mal, llegó a bloquear el golpe, pero así y todo, lo tiró casi tres metros hacia atrás. Cayó con los brazos abiertos, de costado, como todo un peso muerto. La sangre comenzó a salir por las orejas, la boca, hasta formar un charco de inmundicia y carne humana derrotada.

Hubo silencio. Miedo. Tristeza. Hasta que la Blanca gritó:

—¡Bien, amor, carajo! —La muy puta ni siquiera se acordaba del nombre.

Matías, entonces, levantó los brazos y sacó una especie de berrido de animal vencedor. Éramos una puta condena de Satán para cualquiera que se nos cruzara, incluso para nosotros.

Pero teníamos una fortuna por cobrar.

La mina se deshizo del viejo y se tiró en los brazos de Matías. Yo, silencioso y tranquilo, me acerqué a la barra y le dije al tipo:

—Bueno, ¿nos va a pagar, jefe?

—Sí, tranquilo, pibe, no los voy a cagar, pero también les voy a hacer una oferta.

Me puso dos vasos de vino de botella y yo le dije que no, que mi amigo no bebía más.

—El tema es este, te voy dar 4000 pesos...

—Creo que 360 por 25 es más...

—Sí, pero si tu amigo mañana le gana a otro tipo te doy otros 3000

—Joya, pero no te garanto nada, lo tengo que hablar con el pibe... Ah, y nos llevamos a la Blanquita, ¿de acuerdo?

El tipo puso de cara de que le importaba un carajo. Y me tiró una camisa, con cara de asco y pena, para Matías. Me acerqué a los dos y me los llevé.

Fuimos a una pensión, pagué dos habitaciones, una bien lejos de la otra, quería y necesitaba dormir... Aunque tenía un presentimiento oscuro. Muy oscuro.

Al otro día salimos a comer una parrillada. Con mucha Coca Cola para Matías y vino para Blanca y para mí. Les conté el plan, la propuesta, y Matías dijo que sí, que por él no había problema. Blanca se quedó callada, pero eso era porque en menos de una hora se había bajado sola dos jarras de vino. Sí, completita la piba. Con la ganancia nos compramos ropa, comida, y pagamos una semana por adelantado el alquiler de las habitaciones de un hotelito bastante bueno. Con servicio de cuarto y todo. La pilcha que se compró la Blanquita... bueno, estando cerca de Matías nadie se le iba a acercar.

Durante dos semanas íbamos, día por medio, a veces cada tres, al galpón a que Matías peleara. Ganaba siempre por escándalo. Si había matado a alguien, yo no lo sabía, ni me interesaba, porque como nadie reclama nunca el cuerpo de un maleante o de alguien que

viene de otro pueblo. En fin, que le entregaba religiosamente el 75% de lo ganado, descontando gastos. Él insistía en que me llevara la mitad, y la Blanquita decía que no me necesitaban para un soberano carajo. Un encanto la minita.

Yo andaba siempre con la guita oculta en una casilla de la estación de autobuses, una vez lo había visto en una película y me pareció una buena idea, en especial en un pueblo. En cambio Matías la compartía con Blanquita y la mina no hacía otra cosa que entrar a un bar e invitar a todo el mundo, apostar a los dados en el local las noches que peleaba y se ponía a bailar con cualquier tipo del sitio. Así las cosas, yo no me callé y las discusiones eran cada vez más fuertes, y alguna que otra vez tuve que frenarlo a Matías para que no bebiera, por los celos, por el miedo al abandono.

Una noche lo fui a buscar al bar del hotel y, haciendo una fuerza de la gran puta, intentaba contenerle la mano para que no bebiera un vaso de anís.

—¿Me jurás, Turko, que me vas a ayudar a encontrarla? —Decía, y acto seguido lanzaba un gemido ahogado capaz de conseguir que me sintiera tan desgraciado como él.

Tenía un loco entre manos, un ser que no sentía otra cosa que miedo. Y yo no era muy diferente que digamos.

Hasta que una tarde se desbarrancó todo hacia el mismo infierno. Era una de esas tardes que hacía mucho pero que mucho calor, será por eso que, cada vez que comienza el verano, y hace calor, todo me huele a tragedia. Había salido a almorzar y en cuanto entro al hotel me dice el encargado:

—Disculpe, señor...¿ Turko? —Asentí. (Sí, ese puse que era mi apellido) — Lo estábamos esperando, porque su amigo acaba de destrozar toda la habitación. Y dice que el dinero se lo llevó la señorita. Usted firmó, así que es el responsable.

—¿Qué destrozos tengo que pagar si yo salí todo el día? —Temblé— No me diga que subió alcohol a la habitación de mi amigo...

—Sí, pero nada más dos copitas de Anís...

—¡Carajo! —grité— Le dejé dicho que no subieran bebidas a ninguna habitación. Deme un momento que voy a buscar a mi amigo y arreglamos todo. —Subí corriendo los escalones de la escalera de dos en dos, llegué a escuchar algo de llamar a la policía y que el “bestia” se había ido llorando.

Al llegar a la habitación, lo que me esperaba, nadie dentro, todo roto, destrozado, de un modo que no puedo contarle. Y la ventana abierta.

Salgo a los piques hacia mi cuarto, agarro mi mochila y bajo más rápido todavía por las escaleras rumbo a la calle. Me quiero taclear un empleado, lo esquivo, cuando tengo miedo soy una puta luz.

En la calle tiro hacia el lado más concurrido del pueblo, donde pensé que iba a ser más difícil que me encontrara la policía. Error terrible.

En cuanto doy vuelta a la esquina veo dos patrulleros, un policía en el piso y dos de la Montada tratando de arrear a unos cuantos tipos. Algunos eran unos mendigos y borrachos del centro... pero otro, el que desparramaba gente para todos lados era Matías.

Rodeo a la policía como puedo, y me meto por atrás del grupo. Me trepo a la espalda de

Matías y le digo:

—Vamonós, boludo, rajemos que esto se pone denso, nos van a matar en cualquier momento...

Entonces ocurrió.

Se deshizo de mí como si no fuera nada, caigo sobre el cuerpo de un policía con la boca partida, y veo como uno de los caballos de la Montada se le va encima a mi amigo, que

retrocede, se perfila, grita, y en cuanto el caballo le da el flanco, Matías, saca un derechazo que ni siquiera un relámpago hubiera esquivado.

Se oye un golpe seco, de algo que se rompe, algo que muere y al fin descansa. Se oye un aullido de dolor, que subía desde lo más primigenio del ser humano, o de lo que fuere abandonado por la mano de Dios al no tener alma, o haberla perdido.

El caballo cae, sobre sus rodillas delanteras primero. Luego hacia un costado. Y con él el policía.

Matías que se arrodilla, y comienza a sollozar como si se hubiera acabado todo, como si nada más fuera él propietario del miedo. Su antebrazo derecho parecía colgar, muerto, del resto del cuerpo. Entonces dos policías se le van encima, y luego otro, y luego otro más.

Dudo entre meterme o no, entre intentar hacer algo, pero al final me gana la razón de los cobardes, y me fui, entre los gritos de la gente y la desesperación. Todavía recuerdo niños tapándose los oídos para intentar no oír los gemidos y llantos de Matías.

A la otra mañana, un policía me detiene, me revisa la billetera y me reconoce.

—¿Vos no eras el amigo del loco ese?

—Algo así, pero se me fue de las manos.

—¿A vos solo? Necesitaron 10 policías y no sé qué cantidad de anestesia para calmarlo. —¿Dónde está ahora? ¿Lo puedo ir a ver?

—Dejate de joder y volvete a tu ciudad. Vos acá no tenés nada que hacer, y hay muchos que te tienen bronca por la guita que ganaste en las peleas. Lo mejor es que te olvides de todo esto.

Decidí no ir a Brasil, e intenté sobornar a un cana para que me dijera algo acerca de Matías. Lo único que me dijo es que estaba en un calabozo y que lo iban a mandar a un instituto psiquiátrico, si antes no lo mataban los sedantes, porque nadie soportaba escucharlo aullar. Me dijo que le pegaron una flor de paliza porque mató a cuatro policías a golpe seco. Y me repitió lo mismo:

—Nene, sos menor de 21, si acá te agarramos te rompemos el culo. Tomatelás y olvidate de todo esto.

Y así fue. Hasta el día de hoy que me preguntaron si alguna vez, en verdad, conocí a alguien que hubiera sentido verdadero miedo.



Conoce  
nuestro  
Catálogo

[www.alvibooks.com](http://www.alvibooks.com)

